

AGÓN O SOBRE LA DEMOCRACIA

ÁLVARO LEONEL ANDRADE LÓPEZ

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES
DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES Y FILOSOFÍA
LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2022**

AGÓN O SOBRE LA DEMOCRACIA

ÁLVARO LEONEL ANDRADE LÓPEZ

Trabajo de grado

ASESOR:

Mg. GONZALO JIMÉNEZ MAHECHA

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES
DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES Y FILOSOFÍA
LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2022**

Las ideas y conclusiones planteadas en el siguiente trabajo son responsabilidad exclusiva del autor.

Artículo 1º del Acuerdo No. 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

NOTA DE ACEPTACIÓN

Firma del presidente del jurado

Firma del jurado

San Juan de Pasto, 9 de marzo de 2022

A mi madre, por su lucha incansable y ser
ejemplo de tenacidad.

A Geraldine, por su apoyo en los claroscuros
que puede llegar a tener mi ser.

A mi hermana, por acompañarme.

AGRADECIMIENTOS

El autor desea expresar sus agradecimientos:

A la Universidad de Nariño, por acogerme durante este tiempo y darme la oportunidad de conocer múltiples saberes, desde los académicos hasta los de la vida misma.

Al Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha, por su paciencia y el consejo asumido para la realización de este Trabajo de grado.

A todo el grupo de docentes y administrativos que componen el programa de Licenciatura en Filosofía y Letras, por los conocimientos que, en mucho o en poco, han brindado con la mayor dedicación hacia sus estudiantes.

A una poetisa embriagada, un campesino revolucionario, un grafitero de sueños, un teatrero cocinero y una bailarina rara que, con su compañía, amenizaron el alma de este servidor cuando parecía que la vida ya no podía más.

A Eros, Luna, Kaira y Simón que, aun sin saberlo, me apoyaron de formas insospechadas para alcanzar este logro.

A Marco Torres, por las ilustraciones.

A aquellos familiares que, con un abrazo, una palabra o una cantidad de dinero, no dejaron desfallecer en este camino de formación humana y profesional.

RESUMEN

Este texto versa sobre la posibilidad de concebir el pensamiento político desde un nuevo modelo democrático, defendido por Chantal Mouffe como una democracia agonística; esta visión del ejercicio político constituye una lucha constante hacia el cambio y las transformaciones de las instituciones democráticas. Busca comprender el espectro político desde diferentes puntos de vista; por ello, en el texto se encontrará, al principio, una sustentación teórica, para después pasar a un ejercicio literario, no en una novela, sino en la más antigua forma de desarrollar filosofía y que, a veces, se ha olvidado: el diálogo, la conversación, lo cotidiano; en aquello que parece tan momentáneo, se pueden encontrar grandes reflexiones; en esta ocasión, se intentará, con la compresión de los límites de la austera escritura que se puede ofrecer, enfrentar y reconocer cómo puede entenderse y comprenderse la hegemonía dominante desde otro punto de vista; la sociedad entendida como las diferentes relaciones de poder existentes, permite comprenderse como lo múltiple y no como la unidad con la que se pretende que a veces se viera; reconocer al Otro como aquel que permite la construcción individual y su importancia para la creación de la propia identidad.

Palabras claves: agonismo, democracia, hegemonía, identidad, Otro, Política.

ABSTRACT

This text deals with the possibility of conceiving political thought from a new democratic model, supported by Chantal Mouffe as an agonistic democracy. This vision of political exercise constitutes a constant struggle towards change and transformations of democratic institutions. It seeks to understand the political spectrum from different points of view. For this reason, in the text there is, at the beginning, a theoretical support, to later go on to a literary exercise, not in a novel, but in the oldest way of developing philosophy and that, sometimes, goes to the corner of oblivion: the dialogue, conversation, everyday life. In what seems so momentary, it is possible to find great reflections. On this occasion, the attempt, with the understanding of the limits of this austere writing, confronts and recognizes how understanding and comprehension can emerge from another point of view. Society, understood as the different existing power relations, allows an understanding as the multiple and not as the unit that sometimes appears before the eye; recognize the Other as the one that allows individual construction and its importance for the creation of one's own identity.

Keywords: agonism, democracy, hegemony, identity, Other, Politics.

CONTENIDO

	Pág.
PRESENTACIÓN	11
1. Enemigo, posibilidad de un concepto	11
2. Schmitt: El enemigo y lo político	15
2.1 Con Schmitt y contra Schmitt	16
2.2 La inevitabilidad de lo político	17
2.3 Construir hegemonía	18
2.4 Identidad y exterior constitutivo	19
3. Escribir literatura para hablar de filosofía	20
BIBLIOGRAFÍA	22
AGÓN O SOBRE LA DEMOCRACIA	24
PREÁMBULO	26
I	28
II	42
III	59

LISTA DE FIGURAS

	Pág.
Figura 1. Burocracia gris	27
Figura 2. Edificar	40
Figura 3. ¿Construirnos?	57
Figura 4. ¿Quién es el otro?	64

PRESENTACIÓN

1. Enemigo, posibilidad de un concepto

¿Qué es un enemigo? Esta es la pregunta inicial que plantea esta investigación y uno de los ejes problemáticos del texto; es natural y común en el lenguaje e ideario coloquial hablar de que tenemos, poseemos o enfrentamos a distintos enemigos, personas que no comparten nuestras mismas opiniones, creencias, ideología, valores, o simplemente son personas que por *x* o *y* razón hemos determinado como nuestros enemigos.

Esta investigación versa sobre este concepto: *el enemigo* o, mejor aún, *la enemistad* como categoría, conceptos que irán ligados a la preocupación por el ejercicio de la política y la existencia de la democracia. Se busca interpretar y reconocer el carácter neurálgico que posee el concepto de enemigo dentro de las condiciones ontológicas que posibilitan el campo discursivo del imaginario democrático.

Esta posición la trabaja desde el pensamiento la filósofa belga Chantal Mouffe,¹ quien, en su innovadora teoría, pretende determinar la existencia de la relación entre enemigo y democracia, cuando afirma que el concepto de enemigo es algo inherente al imaginario democrático y sin el cual no se puede pensar el ejercicio de la política ni la democracia, puesto que para realizar política se debe tener un adversario, alguien que esté siempre en contra; este antagonismo dado por el enemigo es aquello que realmente permite hablar de política.

Si bien nuestra filósofa nos deja ver que su propuesta se liga íntimamente al concepto de adversario —este término no es más que el concepto de enemigo, y se toma de la teoría del filósofo y jurista alemán Carl Schmitt;² por eso Mouffe prefiere utilizar el término de adversario, que posee ciertas variaciones—, debemos comprender que su postura se alimenta del concepto de *agonismo*, término griego que se entiende como lucha; por su etimología, podemos observar que es intrínseco, y a su vez lógico, el papel de vital importancia que juega el concepto de enemigo en la denominada *democracia agonística*,³ teniendo en cuenta que, al hablar del término lucha, es imposible desarrollarlo sin un *otro*, *un adversario*, *un enemigo*, aquel contra el que se da la posibilidad de enfrentarme; esta

¹ Chantal Mouffe (1943-), filósofa y teórica política de origen belga, profesora del Departamento de Ciencias Políticas y de Relaciones Internacionales en la Universidad de Westminster, en Londres, investigadora y directora del centro de Estudio de la Democracia, de dicha universidad, inscrita en el pensamiento postmarxista, creadora del término, junto al filósofo Ernesto Laclau.

² Carl Schmitt (1888-1985), filósofo jurídico y politólogo alemán, adscrito a la corriente del realismo político; su pensamiento radica en la crítica al liberalismo burgués de su época y su teoría decisionista; autor polémico por su pertenencia al régimen nazi; de igual forma, por sus ideas muy cercanas al pensamiento de Hobbes. Sus conceptos han retomado el panorama de la filosofía contemporánea, que pasa por autores diversos, como Giorgio Agamben, Chantal Mouffe, Slavoj Žižek.

³ Teoría democrática creada por Mouffe, que busca diferenciarse de la democracia deliberativa (Habermas), y agregativa (Rawls), controversia que será objeto de análisis posteriormente.

consecuencia lógica la podemos extrapolar al terreno político y a las diferentes contiendas políticas de la actualidad.

La democracia ha sido un concepto que ha recorrido el hilo de la Historia, desde la antigua Grecia hasta nuestros días, un modelo que ha suscitado en el pensar político múltiples debates. Si bien es el modelo político que más se ha desarrollado, cabe preguntarnos, ¿qué tanto, y, realmente, representa a la ciudadanía?, ¿es justo que todos los participantes de una sociedad estén aptos para votar?, ¿cómo esto pesa en el rumbo de una nación o el Estado?

Podríamos decir que tras los distintos acontecimientos y conflictos que ha vivido la Historia humana, este concepto de democracia ha creado un imaginario social y cultural que día a día se defiende más y causa mayor aceptación como el modelo político a seguir, y que debe replicarse para cada uno de los pueblos del planeta. Este es un tema de gran importancia para el desarrollo de nuestra reflexión, puesto que la democracia, pensada fuera del ámbito meramente electivo y vista como una ideología desprende de ella ciertas nociones que nos garantizan una nueva forma de leer, interpretar y transformar la dinámica política.

La acepción de enemigo puede resultar muy polisémica; por razones morales, éticas, subjetivas, teóricas, etimológicas, entre otras, la definición que hemos acogido corresponde a la que Schmitt incluye en su ensayo, *El concepto de lo político*, en que se nos explica que, en la antigua Roma, donde se originó el concepto de *hostis*⁴, locución latina que determina el enemigo público, como enemigo del Imperio Romano, aquel que está en contra de un grupo determinado, no es aquel al que tratamos como enemigo por nuestros problemas personales, o disgustos, en contraposición de la locución *inimicus*, que significa el enemigo privado, y este sí se acerca de forma más asertiva al significado común que tiene en la actualidad. El jurista alude al hecho de la pérdida de esta distinción en la lengua alemana —de la misma forma se da en nuestra lengua—, puesto que no existen dos vocablos que creen una distinción entre el enemigo privado y el enemigo público; lo que se hace es vincular un adjetivo a esta noción.

Según Schmitt, la carga semántica que representa el término *hostis* es aquello que le da posibilidad al concepto de lo *político*, puesto que esto permite el espacio discursivo de pensar en un nosotros, contra un ellos, un enemigo contra quien luchar; lo político se escapa del carácter solo consuetudinario y racional, para entrar a los límites del conflicto y la hostilidad; ese conflicto entre distintos grupos permite la existencia de la política; la posibilidad de pensar una unión de distintos contra un enemigo, puede llegar a recrear el concepto de *pueblo*, para entrar en el campo de la especulación y reflexionar sobre las sociedades arcaicas, donde todavía no existiese la configuración y el imaginario de nación o Estado; no fue acaso esta amenaza de un enemigo la que pudo reunir a distintos individuos para luchar contra él, crear una asociación, que puede ser el germen de las primeras tribus

⁴ Carl Schmitt. *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza editorial, 1966 [1927], p. 59.

humanas, lo que genera la existencia de lo público, que lucha contra lo que no pertenece a ellos; Schmitt se refiera a esto así:

Sólo es enemigo el enemigo público, pues todo cuanto hace referencia a un conjunto tal de personas, o en términos más precisos a un pueblo entero, adquiere eo ipso carácter público. Enemigo es en suma *hostis*, no *inimicus* en sentido amplio; es *polemos*, no *ethos*.⁵

¿Es importante tener un enemigo? Umberto Eco afirma que sí; más aún, no es solo importante, sino necesario tener un enemigo, y si no lo hubiese, es preciso construirlo; este es un concepto por el que se debe preguntar para comprensión de los distintos fenómenos sociales y políticos.

Al pensar en la Historia desde la América aborigen hasta la mística Asia y la Europa imperial para llegar hasta la era moderna, se puede decir que siempre han existido conflictos, disputas, guerras y con ello relaciones de enemistad; podemos preguntarnos: “¿Cómo es posible que haya un pueblo que no tiene enemigos?”⁶, ¿es realmente posible concebir que exista una sociedad utópica, sin un enemigo que cause hostilidad hacia nuestro pueblo? Pueden recorrerse los anales de la Historia y ¿será posible encontrar ese lugar? Esta búsqueda será infructuosa; la posible existencia de algo así resulta idílica; tanto en los textos religiosos, como en la Historia, siempre habla de un Otro con el cual enfrentarse: el enemigo se adscribe a la Historia misma.

En el siglo XVII y hasta el XIX, la creciente adhesión a la tesis de que la razón es el camino que el hombre debe seguir en todas las esferas de la vida, desde el comportamiento humano hasta la política, para pasar así por cada uno de los distintos aspectos que puede tener nuestra vida, se ha forjado un ideal claramente racionalista que terminó en una visión demasiado armónica de la sociedad, como si en ella no existiera el conflicto y la hostilidad, aquello inherente en el ámbito humano y más en la creación de una sociedad esta primacía de la suposición de que al entrar en el camino de la racionalidad exacerbada, esta confluye en un despotismo intelectual. Este horizonte se convierte en guía y se intenta llevar al culmen de su programa con la universalización de la razón como campo discursivo hegemónico, que tiene como premisa fundamental que la razón (europea) ayudaría a sacar a las distintas sociedades del estado salvaje en que se encontraban.

Estas nociones, trabajadas ya por el post-estructuralismo francés, advierten sobre el problema de una sociedad homogenizada, que busca discrepar con todo aquello que no es ella misma. El Otro es un problema —resulta esto claro, en cuanto que al Otro se lo ve como a alguien al que después de que le enseñe la razón, ya conocerá lo que se debe hacer, será otro yo, se homogenizará—. Al Otro solo se lo tolera, mas no se lo reconoce; esta posibilidad de ser reconocido solo se puede dar, si se concibe al Otro como enemigo: “Tener un enemigo es importante no solo para definir nuestra identidad, sino también para procurarnos un obstáculo respecto al cual medir nuestro sistema de valores”⁷. Se reconoce

⁵ Ibid.

⁶ Umberto Eco. *Construir el enemigo y otros escritos*. Barcelona: Lumen, 2011, p. 6.

⁷ Ibid., p. 7.

el Otro como enemigo y/o adversario y se le da la condición plena de su existencia como un igual; se comprende al Otro fuera de un *status* de superioridad o inferioridad, se lo observa como un igual, pero distinto, con el que se debe luchar y enfrentar las ideas; esa posibilidad posiciona al concepto de enemigo fuera de la razón homogeneizadora —artificio del pensamiento liberal burgués europeo—, y le da la posibilidad de ser un concepto que busca el ideario democrático de igualdad, puesto que el Otro es un igual, pero, a su vez, es un distinto, lo que condiciona el hecho de que enemigo es el concepto que da la posibilidad de reconocer al otro como un igual y comprender que es diferente; el devenir del enemigo es lo heterogéneo, la diferencia, lo otro.

El enemigo no solo debe serlo debido a nuestro imaginario colectivo, sino que él mismo debe considerarse un hereje, un extraño y eso lo convertirá en el enemigo por excelencia; según aquellos que comulgan con ideas de corte autoritario y dictatorial en la política, pues al enemigo lo ven como alguien de una fisionomía tétrica, difusa, de rasgos horribles, desaliñado y con problemas mentales o de salud; la Corona española veía como salvajes a los indígenas, unos seres sucios y sin raciocinio; en busca de expresar su supuesta superioridad, encontraban en la violencia, humillación, esclavitud y aniquilación de su enemigo, los ingredientes perfectos para su fórmula de colonización y destrucción del otro, lo que conlleva la estigmatización del otro, lo hace ver como un inútil; busca demostrar que, si su vida no tiene una razón de importancia utilitaria, menos aún la tendrá en el carácter espiritual.

Pero resulta equivocado el pensamiento de aquel que piensa que eliminar, destruir, aniquilar al otro, posibilita la cúspide de su superioridad, pues aquel que cree tener la verdad-poder, solo termina por eliminar parte de su identidad; el enemigo permite reafirmar nuestra propia identidad, puesto que uno es lo que él no es; la pérdida de mi enemigo es la pérdida de uno mismo; la única posibilidad real de una democracia, de una sociedad pluricultural, heterogénea, solo puede marchar en la frontera de la enemistad; sin el otro, uno no es quien pretende ser. Constituye un serio problema el pensar al enemigo como alguien al que se debe debilitar hasta el punto de destruirlo; cuando la presencia del que no somos nos incomoda, nos desagrada tanto hasta el punto de buscar su aniquilación, nos vemos cegados y enclaustrados en nuestro sistema, sin crear una ruptura que pudiese dar paso al reconocimiento.

El peor escenario que se puede dar dentro del pensamiento del imaginario democrático con un carácter de enemistad, consiste en pensar al otro como a alguien que se debe aniquilar; Sartre lo representa de forma magistral en su obra *A puerta cerrada*: “Ya verán qué tontería. ¡Una verdadera tontería! ¡No hay tortura física! ¿Verdad? Y sin embargo estamos en el infierno. Y no ha de venir nadie... el verdugo es cada uno de nosotros para los otros”,⁸ pensar que el otro y su imaginario pueden causar el estado violento en el cual solo su aniquilación es la salida y la victoria de uno sobre el otro solo puede ser posible cuando se destruye su existencia. Esta es una pregunta que nos lleva a pensar la democracia; se

⁸ Jean-Paul Sartre. *A puerta cerrada*. Madrid: Alianza, 1984, p. 92.

puede, entonces, pensar desde la categoría de enemistad el campo de la política; es posible desde la hostilidad, el conflicto, pensar una democracia para nuestra época.

2. Schmitt: El enemigo y lo político

Lo que aquí nos atañe y concentra nuestro análisis es la pregunta en torno a ¿qué posible relación tiene el concepto de enemigo con la democracia y su comprensión dentro del imaginario de lo político? Para esto hemos de encontrar en Carl Schmitt las herramientas conceptuales para que se pudiera hilar el entretejido conceptual que supone esta relación; se podría decir que la temática sobre enemigos y política puede plantear una relación obvia, y hasta trivial, puesto que, si no existiese esa tensión entre enemigos, no hubiesen existido las diferentes guerras, conflictos bélicos, que han sido parte del devenir de la Historia de la humanidad.

Ya Hegel, en sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, observa como los conflictos sociales, culturales, bélicos, son parte del desarrollo dialéctico mismo de la Historia y ve en ellos la negación de una sociedad, para después comprender su posterior despliegue. De esta forma, podríamos citar a Marx que, en una de sus más célebres frases y, a su vez, más polémicas, ha encontrado apologistas y detractores; decir que “el motor de la historia es la lucha de clases”, muestra la existencia de una relación claramente antagónica, que expresa una lucha entre burguesía y proletariado, que han sido protagonistas y han laborado en la transformación misma de la Historia humana; esta relación incluye claramente la categoría de enemistad, nos lleva a pensar que esta reflexión sobre el enemigo y su relación con lo político es algo que no debe pasar desapercibido.

Encontramos, por ello, en Schmitt y en su teoría, desarrollada en el texto de 1927, *El concepto de lo político*, una gran fuente, que versa sobre la importancia de definir algo que pudiese determinar o crear una distinción que posibilite el concepto de lo que es *lo político*, aquello que pueda determinar su realidad óntica y, a su vez, definir, mas no limitar; en esto se debe aclarar la postura de Schmitt, que no es limitar el concepto de lo político, sino definir cómo se puede generar una noción que permita diferenciarlo de otros conceptos; el jurista alemán lo explica así:

La distinción política específica, aquella a la que pueden reconducirse todas las acciones y motivos políticos, es la distinción de *amigo y enemigo*. Lo que ésta proporciona no es desde luego una definición exhaustiva de lo político, ni una descripción de su contenido, pero sí una determinación de su concepto en el sentido de un criterio.⁹

Para este filósofo, la importancia de la distinción de *amigo-enemigo* radica en que estos términos son aquellos que han formado las distintas sociedades colectivas, para llegar al culmen de un Estado; la noción misma de nacionalidad tiene implícita la existencia de una relación de amistad con cierta sociedad colectiva de individuos y, a su vez, recrea la posibilidad de diferenciarse del otro; considerarlo como un extraño, un enemigo, que no pertenece a una colectividad, crea una enemistad; en Schmitt podemos analizar que la

⁹ Schmitt, *Op. cit.*, p. 56.

dicotomía *amigo-enemigo* abre la posibilidad de crear una identidad de nación; conocer quién es nuestro enemigo nos permite concebir quiénes somos nosotros mismos; aquello nos da pie para comprender a la política como lucha, un espacio discursivo de enemistad, que pretende encontrar, en el conflicto y la hostilidad, la existencia misma de la política, una política que sin lucha no tiene sentido; el jurista alemán, critica aquí la postura de suponer la existencia de la razón y su devenir como una condición para la resolución de todo acto político; ve como un error el suponer que la razón encarnada en la filosofía del siglo XIX, y su concepción de una sociedad guiada por la razón y su progreso, llevarían al acrisolamiento del sistema jurídico y a la disolución de todo conflicto humano que, en cierto nivel también es un conflicto político.

Enemigo no es aquel que consideremos como malo, feo, rival económico; escapa a estas categorizaciones estéticas y morales y está fuera del ámbito económico; no se trata aquí del enemigo interno o aquel que normalmente tratamos como una contradicción de nosotros mismos; el enemigo político está fuera de estas categorías sociales que normalmente se guían por un tipo de ideología imperante que nos lleva a pensar en el otro como un adefesio, un villano; el enemigo, en lo político, es aquel que insta al devenir de la lucha entre distintas colectividades.

La relación *amigo-enemigo* es la noción que nos permite discutir sobre el nivel de intensidad¹⁰ que puede tener una relación política y que nos lleva a luchar contra el otro; de la misma forma, nos lleva a alejarnos de las condiciones económicas, estéticas, morales, que nos pueden crear una concepción errónea del enemigo; no necesariamente aquello que es bello y bueno puede crear una relación de amistad política; la crítica que subyace en Schmitt radica en la pérdida de gobernabilidad de lo político sobre lo económico; el poder del liberalismo y el sistema capitalista, que son la ideología dominante, calan en el imaginario colectivo hasta el punto de que vemos todo lo económicamente bueno como lo políticamente correcto.

Esta crítica entra en la consideración de que el enemigo no es un rival, ni tampoco alguien al que odio: “El amigo y el enemigo están aterrados en la soledad, uno apela al otro, sin olvidar nunca que la llegada del otro puede también ser peligrosa”;¹¹ esta es una relación hostil, pero necesaria, algo que permite irrumpir en el discurso de lo neutral; esta relación de amigo y enemigo constituye un horizonte hacia el carácter de lo político en sí, sin la necesidad de apelar a otras ramas (economía, moral); si bien lo político interviene en todas las esferas de la sociedad, esta relación le da la posibilidad de existir.

2.1 Con Schmitt y contra Schmitt

Si bien el pensamiento de Mouffe recibe gran influencia de Schmitt, no significa que su teoría solo sea un parafraseo de su pensamiento; la filósofa belga ha logrado realizar un

¹⁰ *Ibíd.*, p. 57.

¹¹ María Concepción Delgado Parra. El criterio amigo-enemigo de Carl Schmitt. El concepto de lo político como una noción ubicua y desterritorializada. *Cuaderno de materiales*. No. 23 (2011), p. 179.

ejercicio reflexivo con apoyo en diferentes conceptos y corrientes para la maduración de su pensamiento, desde el marxismo de Antonio Gramsci, la teoría discursiva de Ernesto Laclau, la filosofía del lenguaje del segundo Wittgenstein, hasta el posestructuralismo francés, que tiene como referencia la teoría del poder de Michael Foucault y el pensamiento de Jacques Derrida sobre la otredad y su importancia para la construcción de una propia identidad.

Así, las diferentes influencias que convergen en la teoría de la democracia agonística de Mouffe no se sesga por el pensamiento conservador de Schmitt; no se puede suponer que fuera una apología del jurista alemán, como ha sido una crítica del marxismo ortodoxo, y suponer que ya no es posible pensar la política revolucionaria fuera del contexto de una transformación total de la realidad; Mouffe, al observar la realidad política, determina que el modelo del marxismo ortodoxo realmente no puede establecer una lectura de los diferentes movimientos sociales y, más aún, que la política ya no puede pensarse desde una dicotomía en la que solo se enfrentan caracteres económicos y se dejan atrás planteamientos ambientales, de identidad de género, luchas contra el racismo, y algo más.

Es necesario perfilar una antesala de la visión y construcción del concepto de adversario de Mouffe, puesto que en ciertos parámetros puede interpretarse como el concepto de enemigo de Schmitt y si bien, como hemos dicho, es un gran aliciente en el desarrollo del pensamiento de la filósofa, aquello no significa que no hubiera un paso hacia la crítica y al rechazo de ciertas posturas; por ejemplo, mientras que para el jurista alemán uno de sus pilares consiste en pensar al enemigo político como aquel que se debe destruir y terminar con él, según Mouffe esto sería una locura, ya que justamente el enemigo es el Otro, aquello que construye y, a su vez, enfrenta la propia identidad; resulta fundamental el papel que juega el adversario, por eso la filósofa belga, al suponer en el campo político a esos adversarios, confluye en que una lucha política es simbólica y desarrolla una intensidad hostil, pero en la que se busca llegar a una muerte simbólica del contrincante, acabar con sus argumentos: el político como un luchador, mas no como un aniquilador del otro; la muerte simbólica da la posibilidad de que hoy termine un grupo, pero mañana ese grupo puede volver y terminar con su enemigo, en un eterno enfrentamiento, al que denominamos política.

2.2 La inevitabilidad de lo político

En la filosofía existe una dicotomía presente sobre la naturaleza humana y su forma de relacionarse políticamente; aquellos que suponen que el hombre tiene una candidez innata y la sociedad lo corrompe, y otra que supone que el hombre es un peligro para sí mismo, que, sin tener unas reglas que regulen su comportamiento, terminaría en una anarquía; esta concepción la representa la célebre sentencia de Hobbes: *Lupus est homo homini*; esta dicotomía resulta en una visión positiva y negativa de las relaciones humanas, una positividad enmarcada en el racionalismo europeo que supone que el hombre, guiado por la diosa razón, buscará algo neutral, en lo que no existiese ningún tipo de hostilidad, o

violencia; este es el camino que ha tomado la política liberal y que se ha constituido como hegemonía en los últimos siglos.

Nuestra postura presume la negatividad del hombre en cuanto que comprende que toda relación humana, al suponer una asociación, también crea una hostilidad contra otro grupo; esta negatividad, entendida en un carácter simbólico, en que hombre no puede ser un ser armónico que está en una sociedad cándida, en la que los conflictos no existen y habrá una paz perpetua kantiana; la hostilidad del hombre origina el concepto de lo político, aquello que es la parte neurálgica de las relaciones sociales y políticas; Schmitt lo expresa así:

Todo antagonismo u oposición religiosa, moral, económica, étnica o de cualquier clase se transforma en oposición política en cuanto gana la fuerza suficiente como para agrupar de un modo efectivo a los hombres en amigos y enemigos. Lo político no estriba en la lucha misma; ésta posee a su vez sus propias leyes técnicas, psicológicas y militares. Lo político está, como decíamos, en una conducta determinada por esta posibilidad real, en la clara comprensión de la propia situación y de su manera de estar determinada por ello, así como en el cometido de distinguir correctamente entre amigos y enemigos.¹²

(...) El concepto de la neutralidad, igual que cualquier otro concepto político, se encuentra también bajo ese supuesto último de la posibilidad real de agruparse como amigos o enemigos. Si sobre la tierra no hubiese más que neutralidad, no sólo se habría terminado la guerra, sino que se habría acabado también la neutralidad misma, del mismo modo que desaparecería cualquier política, incluida la de la evitación de la lucha, si dejase de existir la posibilidad de una lucha en general. Lo decisivo es pues siempre y sólo la posibilidad de este caso decisivo, el de la lucha real, así como la decisión de si se da o no se da ese caso.¹³

Esto nos permite observar que lo político es intrínseco a la condición humana, a las relaciones sociales, políticas; que resulta un imposible eludir esa negatividad y suponer que es dañina; por el contrario, esa hostilidad permite que se constituyan diferentes grupos, emerjan nuevas identidades para que exista el juego sin fin, al que denominamos política.

2.3 Construir hegemonía

Una hegemonía se presenta como una palabra de carácter riguroso, técnico, y parece tener una carga semántica casi dictatorial, pero es un concepto necesario para la construcción de una democracia, porque representa el juego de la identidad y formación de un proyecto político; cuando pensamos en la realización de diferentes grupos, pero en la conformación de una unidad que los contuviera a todos ellos, necesitamos que aquellos que tal vez se encuentren dispersos y descontentos con lo que ocurre, con la hegemonía que existe, y el orden establecido pueda irrumpirse, se requiere la articulación de estos grupos en la formación de lo que Gramsci denomina un bloque histórico, un grupo determinado que, al tener en cuenta el contexto social, cultural y político, constituye un horizonte que pudiese llegar a ser la nueva hegemonía; a esta articulación se la denomina una contrahegemonía; en palabras de Ernesto Laclau:

Este tipo de relación por la cual una particularidad asume la función de representación de una totalidad que es completamente inconmensurable con ella, es exactamente lo que hemos llamado

¹² Schmitt, *Op. cit.*, p. 56.

¹³ *Ibid.*, p. 64-65.

una *relación hegemónica*. Hegemonía quiere decir que una fuerza concreta, en cierto momento, no se limita a su propia concreción, sino que, al mismo tiempo, representa el horizonte imaginario de toda una sociedad o de todo un campo de fuerzas: el objeto último de esta representación –la sistematicidad del sistema–, no tiene forma directa de expresión y es siempre una particularidad concreta que lo va encarnar. Esta relación de encarnación constituye la relación hegemónica.¹⁴

La relación a la que se refiere el filósofo argentino la debemos construir entre los diferentes grupos sociales, para irrumpir en contra de la hegemonía predominante y dar paso a un camino distinto, sin buscar la aniquilación del otro, sino una participación de todos los grupos, aun cuando nuestra visión llegase a ser la nueva hegemonía; esto necesariamente, aunque pareciera una contradicción, no lo es, puesto que, al constituirse como el nuevo orden establecido, no debe buscar que no exista una democracia, ni que los otros no participen, lo que llevaría a una dictadura; el juego político le exige tener un adversario con quien luchar, alguien al que pueda enfrentarse, otro que le permite reafirmarse; así, la llegada de una nueva hegemonía debe buscar la ratificación y consolidación de las instituciones sociales, que se democraticen y no solo fuesen un ente burocrático.

2.4 Identidad y exterior constitutivo

En el texto, se refiere varias veces al término Identidad, el concepto del Otro, y la pregunta apunta a qué tiene que ver la política con estas categorías, acaso es importante referirse a ello, y ¿por qué? Desde la concepción política que se sustenta, resulta de fundamental importancia comprender estos dos conceptos, puesto que sin ella es imposible la consolidación de una articulación que constituya una nueva hegemonía. No buscamos representar la democracia solo como un acto de un grupo representativo que deposita un voto en una urna; lo que se busca es que se entienda a la democracia agonística como una ideología.

Ahora bien, esta ideología representa enmarcarse en un horizonte donde confluyen las diferentes identidades políticas en un pueblo, en aquello que pueda articularse y enfrentar la hegemonía dominante, pero justamente por esta razón necesitamos del Otro, para tener con quien luchar, a quien enfrentar. Aquí Mouffe aprovecha y desarrolla la noción de Jacques Derrida, de un exterior constitutivo; este elemento es aquello que se presenta como fuera de cada uno, como aquello que no es, aquello contra lo que se enfrenta un sistema de valores, aquella identidad que no se asume, pero que permite ser, puesto que ella reafirma y construye la propia identidad, para así permitir el tener una identidad propia, puesto que puede enfrentarse a otra; esta visión polisémica del sujeto, y enfrentamiento contra el extraño, es aquel exterior que constituye al sujeto, por eso necesito del otro para que pudiera existir; el enemigo, el otro, el extraño permite construir una identidad y no caer en un vacío en el que la homogenización lleve a que el sujeto se convirtiera en un engranaje de la gran maquinaria. Por ello resulta importante en la política, puesto que cuando el sujeto se

¹⁴ Ernesto Laclau. *Hegemonía y antagonismo: el imposible fin de lo político*. Santiago de Chile: Cuarto propio, 2002, p. 76.

siente identificado con un proyecto, una visión, encuentra una mayor entrega y apropiación de la política, que es algo que falta mucho en la política actual.

3. Escribir literatura para hablar de filosofía

El mundo actual representa un afán casi desquiciado por la especialización de los saberes: el médico busca cada vez especializarse más, hasta llegar al punto de especializarse en un solo órgano o un tipo de enfermedad; los historiadores toman un periodo histórico y terminan por conocer mucho sobre ello, pero solo tienen leves atisbos de otros periodos. Solía decirse que la filosofía es el ejercicio reflexivo por excelencia y era aquel saber que no se inclinaba por ningún tema específico, sino era una reflexión sobre un todo, pero, como todo saber en la época actual, termina por decantarse. Hoy se refiere a filosofía de la mente, de la ciencia, del arte, de la educación y aún más ramas; esto ha creado un lenguaje técnico y académico en la filosofía, algo que también ha alejado al ciudadano de a pie del pensamiento filosófico, si se toma en cuenta que el pensar filosófico clásico surgió en las calles atenienses, en lengua cotidiana, en el *demos*, y no en instituciones que encierran cada vez más el saber en una lengua especializada y solo accesible para algunos.

El ejercicio que a continuación presentamos es una proyección de este descontento, sin dejar atrás la verdad respecto a que resulta imposible referirse a algún tipo de saber sin apelar a algunos términos técnicos, pero no necesariamente todo el texto debe ser así; la visión que buscamos representar radica en que la filosofía y, más aún, la denominada filosofía política, una ramificación que el mismo Aristóteles clasificó como uno de los saberes prácticos, junto a la Ética, no puede ser una discusión de carácter técnico o un tratado donde solo entiende un círculo hermético de académicos; si bien este trabajo crea un entrelazamiento entre literatura y filosofía, no es algo nuevo, ni tampoco del todo innovador, pero sí algo que parece haberse olvidado por la comunidad filosófica, puesto que, si se refiere al primer sistema filosófico de Occidente, rápidamente nuestra respuesta nos guiará a la figura ateniense de Platón; si bien él mismo rechazó a los poetas en su República ideal, sus escritos constituyen un diálogo, un ejercicio literario, un juego de personajes, imaginarios o reales, pero en el marco de un escrito que expresa un concepto encerrado en aquel germen de la filosofía, la conversación cotidiana.

Lo cotidiano nos permite suponer el pensar filosófico, la admiración ante las cosas que parecen de sentido común, que nadie se cuestiona, que se pasan por alto, aquello ante lo que nadie se permite una pregunta, allí la filosofía busca sus problemas. La política actual se encuentra en una situación similar; se nos ha acostumbrado tanto al poder de cierta forma, a un modelo, que nadie se cuestiona si es posible pensar el sistema político de un modo distinto; la hegemonía política ha logrado calar tanto que no se cuestiona otra posibilidad de pensar la política, y donde se lo hace se refiere a polarización, extremismos, como si no fuese posible salir del sistema que se nos ha predeterminado; es claro que ciertas experiencias ocurridas no colaboran mucho, causan cierto temor por parte de los ciudadanos: terminar con una hiperinflación, tener que emigrar, a cualquiera lo lleva a pensar, pero este discurso lo han aprovechado muy bien los defensores del sistema actual,

han desarrollado cierto temor al cambio; por ello la propuesta que aquí se incluye busca, de cierta forma, comprender que esas instituciones liberales no son dañinas, sino se deben fortalecer democráticamente para la constitución de una hegemonía diferente, una democracia distinta.

La política, como ejercicio oratorio, argumentativo y conceptual, representa, a su vez, también un ejercicio pedagógico, puesto que un docente es un político, y viceversa; por ello la pedagogía no puede desvincularse de una responsabilidad social, y ello también permite que este texto tuviera una justificación para presentarse como un trabajo de investigación; dentro de unos límites, este ejercicio literario busca anudar estos tres saberes, puesto que es un texto literario que busca representar una concepción filosófica que indirectamente es un ejercicio pedagógico, además de que intenta representar una forma más didáctica de acercarse a la filosofía.

BIBLIOGRAFÍA

Almarza Silva, Matías. *Chantal Mouffe y el giro de la filosofía política moderna*. Santiago de Chile, 2006, 49 p. Informe final (Licenciado en Humanidades, mención Filosofía). Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, Departamento de Filosofía. Disponible en: <https://repositorio.uchile.cl/handle/2250/110314>

Borón, Atilio A. y González, Sabrina. ¿Al rescate del enemigo? Carl Schmitt y los debates contemporáneos de la teoría del estado y la democracia. En: Atilio A. Borón y Sabrina González. *Filosofía política contemporánea. Controversias sobre civilización, imperio y ciudadanía*. Buenos Aires: Clacso, 2003.

Delgado Parra, Ma. Concepción. El criterio amigo-enemigo de Carl Schmitt. El concepto de lo político como una noción ubicua y desterritorializada. *Cuaderno de materiales*. No. 23 (2011), p. 175-183. Disponible en: <http://www.filosofia.net/materiales/pdf23/CDM11.pdf>

Duque Muñoz, Juan Guillermo. *El concepto de lo político de Carl Schmitt en movimiento: amigo-enemigo y guerra*. Bogotá, 2009, 98 p. Monografía de grado (Profesional en Filosofía). Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Escuela de Filosofía, Programa de Filosofía. Disponible en: <https://repository.urosario.edu.co/handle/10336/1045>

Eco, Umberto. *Construir el enemigo y otros escritos*. Barcelona: Lumen, 2013.

Errejón Galván, Iñigo y Mouffe, Chantal. *Construir pueblo: hegemonía y radicalización de la democracia*. Barcelona: Icaria, 2016.

Falconi, Rodolfo Damián. *La democracia postmoderna. Crítica inmanente del modelo agonial en Chantal Mouffe*. La Plata, 2017, 116 p. Tesina (Licenciatura en Sociología). Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Departamento de Sociología. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1349/te.1349.pdf>

Guerrero Bohórquez, Alexander. *El concepto de enemigo y guerra en Carl Schmitt*. Bogotá, 2011, 30 p. Trabajo (Especialista en Filosofía del Derecho y teoría jurídica). Universidad Libre, Facultad de Filosofía, Especialización en Filosofía del Derecho y Teoría jurídica.

Hernández, Yissel y Rátiva, Cristian. El reconocimiento y el agonismo como estrategias ético-políticas para el conflicto en Colombia. *Revista Ciudad Paz-ando*. No. 9 (2016), p. 97-113. Disponible en: <https://revistas.udistrital.edu.co/index.php/cpaz/article/view/9344/12084>

Hurtado, Daniel. El concepto de lo político: la necesidad de un criterio (inevitablemente transitorio). *Revista de Estudios Sociales*. No. 45 (2013), p. 136-143. Disponible en: <http://www.scielo.org.co/pdf/res/n45/n45a11.pdf>

Laclau, Ernesto. *Debates y combates. Por un nuevo horizonte de la política*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica, 2008.

Laclau, Ernesto, *Hegemonía y antagonismo: el imposible fin de lo político*. Santiago de Chile, Cuarto propio, 2002.

Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal. *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica, 2003.

Miyahira Arakaki, Juan M. La investigación formativa y la formación para la investigación en el pregrado. *Revista médica herediana*. Vol. 20, No. 3 (2009), p. 119-122. Disponible en: <http://www.scielo.org.pe/pdf/rmh/v20n3/v20n3e1.pdf>

Mouffe, Chantal. *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica, 2005.

Mouffe, Chantal. *Retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Barcelona: Paidós, 1999.

Mouffe, Chantal. *La paradoja democrática*. Barcelona: Gedisa, 2005.

Mouffe, Chantal. *Por un populismo de izquierdas*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2018.

Mouffe, Chantal. *Agonística: Pensar el mundo políticamente*, Buenos Aires: Fondo de cultura económica, 2014.

Mouffe, Chantal. *Prácticas artísticas y democracia agonística*, Barcelona: Museu d'Art Contemporani de Barcelona: Univeritat Autònoma de Barcelona. Servei de Publicacions, 2007.

Núñez Villavicencio, Herminio. *Filosofía y literatura. Aproximación al valor cognitivo de la literatura*. Disponible en: <https://lacolmena.uaemex.mx/article/view/6175/4778>

Paredes Goicochea, Diego. Marx y lo político. La lectura de Carl Schmitt. *Eidos*. No. 28 (2018), p. 283-304. Disponible en: http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1692-88572018000100281&lng=en&nrm=iso&tlng=es

Schmitt, Carl. *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza editorial, 1991.

Schmitt, Carl. *Teoría del partisano*. Madrid: Instituto de estudios políticos, 1993.

AGÓN O SOBRE LA DEMOCRACIA

“Yo no quiero justicia social sin libertad,
tampoco quiero libertad sin justicia social,
porque es una pseudolibertad.”

Ernesto Sábato

PREÁMBULO

Tras un largo tiempo, compañeros que habían forjado su destino en distintos lugares del mundo, se daban cita en el lugar donde se habían conocido, un colegio de gran nombre en la ciudad capital, con el deseo de dar a conocer lo que cada uno había podido observar desde la periferia; habían reflexionado sobre la crisis política que sufre el planeta; su nación se había visto inmersa en unos grandes problemas y, como buenos ciudadanos, siempre sus charlas terminaban por tornarse hacia estos problemas, charlas que no disfrutaban algunos, por la fuerte polarización que existía, ya que se consideraba que no era recomendable referirse a las posiciones políticas, pues esto terminaba por dañar la cena, la amistad o alguna otra cosa más, ya que nadie compartía los mismas posiciones.

Este grupo de amigos que habían decidido reunirse, al recordar entre risas sus años y travesuras en una de las instituciones privadas más elitistas de su país, habían compartido su amistad por años, pero, en cuanto a la visión política, se encontraban en diferentes posiciones, desde marxistas radicales hasta los conservadores más ortodoxos; esto les permitiría que, en su unión, pudieran enfrentar los diferentes horizontes que accionan en la política.

Por mi parte, soy un estudiante de universidad pública que, para pagar mis estudios, me encuentro trabajando en una empresa que se encarga de la logística y organización de estos tipos de eventos; estudio ciencia política y escribo esto como una reflexión, que realmente no buscaba, sino me fue imposible no oírla y grabar este diálogo, que puede ser un gran aliciente para comprender lo que puede ser la democracia de este tiempo y las diferentes interpretaciones que puede tener; se intentará trasladar todo este ejercicio de discusión y polémica a un texto que pudiera resultar algo coherente.

¿Quién sabe? Quizá podría ayudarme para comenzar mi carrera como escritor de estos temas; este texto no buscará representar mi posición política, sino será la simple traslación de una discusión al ámbito escrito; aquí, se errará por no ser un gran versado en el ámbito literario e intentará que las voces de estos personajes, ya entrados un poco en tragos y la jerga natural de una amistad que los acoge, se explicitara en el texto.

Espero pudiera ser un ejercicio que ayude a comprender el hábito de la escucha y la escritura desde una posición contemplativa; no busca ser un escrito académico sino un diálogo de posturas.

Esta nota se envió, junto a un texto, en una memoria USB, a una editorial del país, con el fin de que el editor contemplara la posibilidad de su publicación. En seguida, el texto que en ella se encuentra.



Figura 1. Burocracia gris.

I

Antón: Mucho tiempo, sin verte, querido amigo; ¿cómo va todo?

Carl: Lo mismo digo; todo va bien, en la medida de lo posible, ¿Qué has hecho de tu vida? Oí que estudiaste tu doctorado en Francia.

Antón: Así es; terminé mi doctorado en Economía y Política, en la Universidad de París; esto me ha permitido formarme una visión diferente de lo que pensaba sobre estas dos disciplinas; ha creado un espectro más amplio del fenómeno político, más aún en el momento tan crucial que se vive en estos días.

Carl: ¿Te parece que es un momento crucial en nuestra política? No me parece; aparte de las elecciones que han ocurrido, ¿qué es lo distinto que ocurre en este país?

Antón: Pues, mira que tuve la oportunidad de conocer diferentes profesores y estudiantes de distintos países, que ven la política desde distintas posturas, pero existe una pensadora que ha logrado convencerme con su forma de interpretar la realidad política; no sé si porque vivió en Latinoamérica ha logrado comprender y leer los contextos de estos territorios.

Carl: ¿Quién es ese ilustre personaje, querido amigo? Tú no eres de las personas que se dejan convencer muy fácilmente por discursos ilusionistas, ni tampoco autoritarios; recuerdo varias de las polémicas con los profesores de nuestro colegio, porque les decías que la educación no es venir a imponer ideas, que ellos creen como verdaderas, sino deberían proponer el debate, la polémica y, entre las diferentes posturas que hubiera sobre un tema, cada uno, con el ejercicio de libertad para pensar, debe elegir lo que le parece mejor.

Antón: ¡Ja, ja, ja!, ¿cómo olvidar las interminables luchas con el profesor de Sociales, y, sobre todo con el padre Benito, de Economía? ¡Esas eran batallas!; si no hubiera sido por el padre Pacho, el de Filosofía, me habrían expulsado de este colegio.

Carl: El padre Pacho siempre permitió que expresáramos lo que nos parecía y dejaba entrar en debate nuestras ideas; ¿recuerdas que nos gritaba; “*sapere aude*”? Criaturas, ¡atrévase a pensar y debatan! No tengan miedo a expresarse, eso es lo único que nadie podrá quitarles. Realmente me causaba mucha admiración su determinación, pero era su estatura lo que a veces no permitía tomarlo tan en serio; éramos muchachos que buscábamos estar de relajo; parecía un lumpa lumpa, ¿lo recuerdas?

Antón: Claro, por su baja estatura siempre llamaba la atención; a pesar de que fue mi apologista, no pude evitar hacerle bromas y causarle disgustos.

Carl: ¿Recuerdas que, como éramos más altos, nos acercábamos y le soplábamos la cabeza? y él decía: “¡Qué frío, muchachos! La brisa me llega, vamos a otro lado.

Antón: ¡Ja, ja, ja, ja, ja!, imposible no recordarlo; creo que se daba cuenta, pero parecía que su estado de paz no podía ser alterado por nada y prefería moverse a enojarse con nosotros.

Carl: Creo lo mismo; parecía en un estado letárgico; nunca vi que se enojara, ni ninguna expresión de rabia, pero nos hemos desviado de nuestra conversación: hágame de la profesora que te ha logrado convencer, eso me interesa.

Antón: Es una profesora belga, que habla el español y tuvo un esposo argentino; por eso vivió muchos años en Latinoamérica y alcanzó a dar clases en la Universidad Nacional; realmente, pude aprovechar mucho de sus clases; su nombre es Chantal Mouffe y trabaja en Inglaterra, en un Observatorio de la democracia y, en sí, busca darle una nueva interpretación a la democracia actual.

Carl: Interesante; pensé que habías virado hacia el comunismo; ¿y crees en esas absurdas teorías e ilusiones?

Antón: Esta postura es la correspondiente a una nueva teoría marxista, pero una nueva interpretación que irrumpe y, a su vez, crea una ruptura con el marxismo tradicional y ortodoxo.

Carl: Pues no sé qué pensar; tú sabes que aquí, en Colombia, se han generado diferentes problemas debido a estos planteamientos de odio-amor que hay por este tipo de posturas; ya ves esa lucha de clases de obreros contra la clase alta, que no es del todo verdadera y no me parece pueda abarcar una interpretación del fenómeno social y la realidad en la cual vivimos.

Antón: Carl, yo he pensado también mucho en esa cuestión, ya que, para mí, siempre fue aquello lo que no compartía con este tipo de pensamiento, pero justamente esto es lo que me ha convencido por parte de esta pensadora; su crítica a ese planteamiento, al que tú aludes; ella lo realizó ya hace más de 30 años; para ser preciso, en la publicación de su libro, junto con Ernesto Laclau, en 1985, titulado *Hegemonía y estrategia socialista*; te diré que realmente me parece un libro denso y difícil de leer, puesto que se refiere a una crítica extensa al marxismo ortodoxo, a su pensamiento esencialista de la realidad social y política; para Chantal Mouffe, es importante recalcar que los diferentes movimientos sociales que han surgido, han generado, a su vez, nuevos procesos políticos, y que la lucha de clases existe, puesto que está presente, pero que también existen movimientos que han alzado su voz al encontrarse inconformes con esta única dicotomía, como expresión de la lucha social; este es el nacimiento de los nuevos movimientos sociales, de vital importancia para comprender nuestra realidad social actualmente, como el feminismo, los ecologistas, los antirracistas, los defensores de los Derechos Humanos y los movimientos LGTBI.

Carl: Eso me parece rescatable, pero tú sabes que mi pensamiento siempre ha estado y estará ligado a la noción de la política vinculada al imaginario religioso y a las instituciones como la Iglesia, los valores y la ética que ellos representan; por esto, siempre tendré un desencuentro con estos tipos de progresistas que dejan a un lado la formación humana o espiritual.

Antón: Entiendo tu postura e igualmente tu derecho a expresarla. Eso me parece necesario, pero no es posible que toda la gente comparta tu visión del mundo; esto nos lleva a preguntarnos y, a ti, a replantearte si es que queremos una política que homogeneizara, estableciera en qué debemos creer y se determine como lo unívoco y verdadero, o si debemos crear espacios realmente democráticos, que nos permitan escoger y buscar una afinidad con los diferentes individuos que componen una sociedad, para que nos sea posible crear una política de sesgo y características democráticas; deberíamos comprender el rasgo pluricultural y polisémico que puede llegar a contener un grupo de diferentes ciudadanos.

Carl: Pero, entonces, ¿qué es la política?, ¿cómo se entiende esta nueva democracia y en qué se diferencia de la nuestra?

Antón: ¿Estás pidiéndome, acaso, que te haga le disertación de mi tesis de doctorado aquí? ¡Ja, ja, ja!

Carl: ¡Ja, ja, ja! Hombre, disculpa, no te quiero incomodar.

Antón: No, tranquilo, solo es una pequeña broma; intentaré plantear una explicación de mi visión; espero que a los dos nos sea posible discutirla en un marco común de respeto y tolerancia.

Carl: Pero, claro, hombre; ¿acaso creerías que nos iríamos a los puñetazos? (*Risas.*) No te voy a dar un pescozón o algo parecido por no compartir lo que tú me dices.

Antón: Justamente, esta es una parte de gran importancia para la forma de política que defiendo; crear un pacto de unos valores ético-políticos, que forman y constituyen un horizonte, junto a unos límites, para así fomentar el debate, la discusión de ideas, pero teniendo en cuenta algo que aquí está muy de moda y en todo el mundo ha creado una forma de ver la política; la característica de esta sociedad post-industrial, que siempre busca llegar a un consenso y esto, amigo, no es del todo bueno como lo parece.

Carl: Hombre, ¿qué dices? ¿No te parece bueno llegar a un consenso?, ¿no te contradices, acaso, ya que has dicho que debería haber o existir un marco común para la discusión de nuestras ideas?

Antón: Sí, pero no he dicho que debamos tener un consenso sobre esto, sino que, para que sea posible un debate, deberíamos permitirnos un marco en el que los principios ético-políticos estén cimentados en la igualdad y la libertad, porque, si no respetamos, tanto tu derecho como el mío, para ser dos personas en igualdad de condiciones, que pueden expresar libremente su pensamiento y no caer en falsos planteamientos sobre ti o sobre las cosas que piensas, algo a lo que los filósofos denominan un argumento *ad hominem*, eso me parece que es un marco común para enfrentar nuestras ideas, sin necesidad de llegar a un consenso o a una imposición de tus ideas sobre las mías.

Carl: Visto de esa forma, me parece que puede ser viable esta discusión, pero, entonces, en mi forma de comprender las cosas, creo que la política no debe verse así, sino que debe existir un ganador y un perdedor.

Antón: Claro, amigo, debe existir, si no sería imposible que esto ocurra, pero antes de llegar a esto, planteemos la primera pregunta, intentemos darle respuesta a ella: ¿qué es la política?, ¿qué piensas tú al respecto?

Carl: Me parece que la política es un conjunto de procedimientos, que ayudan en la formación de proyectos, para las mejoras de una sociedad, lugar de residencia y otros factores, como los relativos a lo económico.

Antón: O sea, para ti, la política es un acto enmarcado en la administración de los bienes y recursos que posee el Estado para la construcción de una sociedad y un progreso continuo, en cuanto a un desarrollo económico.

Carl: Sí, me parece que esta sería una buena definición de la política.

Antón: Dime algo, si yo te digo que quiero que este país cambie, que existan políticas más justas, que emerja una política que construya un buen ejercicio de la ley de contrapeso de los tres poderes, ¿así puede que exista un verdadero Estado social de derecho y se respeten cada uno de nuestros derechos y deberes?

Carl: Eso es algo que todos, con una visión razonable de la política, deberíamos anhelar.

Antón: ¿A ti te parece que esto es más un acto creativo o administrativo? Me explico: ¿te parece que administrando recursos o creando unas políticas directrices para un buen ejercicio de la democracia, podremos establecer realmente un cambio como el planteado anteriormente?

Carl: Me parece que hablas más de una forma de crear que de administrar; creería inclinarme por la primera opción.

Antón: Exactamente, esa es mi posición frente a la política; este debe ser un acto de creación, un ejercicio de crear en algo e intentar cambiar lo que es, aquello que acaece; el acto administrativo, como lo planteas, me parece que es el del gerente normal, que busca administrar lo que le han dado y dar unos mejores rendimientos. Creo que la política debe formular el camino a seguir por parte de un pueblo. Mira, volviendo a los gerentes, el político debe ser el gerente que llegue con ideas nuevas, las debate con su grupo de analistas y crea una estrategia para que cambie el modelo de la empresa; no puede vivir estancado en lo que se hacía hace 20 o 30 años; lo cambiante del mundo también debe ser comprendido y se transforma en un estímulo; imagina, si nuestras leyes se anquilosaran, esto no les permitiría evaluar los nuevos crímenes o nuevas formas de regular los negocios; por eso, debe forjarse un camino que seguir y no solo administrar un lugar; debe comenzarse a crear nuevas formas de comprender esa realidad.

Carl: Pero esto implica que nosotros tenemos que o debemos crear cada proyecto nuevo y destruir el anterior cada cuatro años con las nuevas elecciones; esto sería imposible de llevar a cabo.

Antón: No necesariamente; lo que propongo es que debemos construir un espacio simbólico en el que se puedan enfrentar las diferentes posiciones y permitir que todas ellas puedan expresarse; de esta forma, constituir unas instituciones democráticas que fomenten los espacios públicos para la constitución de diferentes discursos. Imagina una esfera en la que quepan todos los grupos políticos existentes y en esta esfera, que ya parece completa, con el tiempo comienzan a crearse fisuras que buscan romperla; este proceso justamente comienza a darse cuando la teoría política se queda relegada frente al nuevo espectro político; tal como lo comentábamos anteriormente, estas fisuras son los nuevos movimientos sociales que buscan irrumpir y construir un espacio dentro del plano; la postura que defiende radica en que deben existir unas instituciones democráticas que permitan la eclosión de estos nuevos grupos y no que los vean como un aburguesamiento de la clase obrera o como unas demandas fantasiosas del pueblo.

Carl: Según lo que logro entender, tú defiendes el Estado; no lo ves como un órgano coercitivo y no buscas su eliminación, como proponen los marxistas.

Antón: Claro, pienso que es vital para el ejercicio político la constitución y formación de un Estado, si no ¿cómo podría yo fomentar unas reglas que permiten el derecho de mi libertad? Si bien existen pensadores anarquistas de gran importancia, podría decir que estoy alejado de esa sociedad sin Estado, pues ¿qué pasaría si no existen instituciones que puedan determinar cuál es el marco democrático pluralista? ¿Has oído sobre la paradoja de la tolerancia?

Carl: No.

Antón: ¿Qué opinarías de una sociedad donde se tolere las posiciones de los otros, sin importar cuáles sean?

Carl: Según lo que hemos dicho, estaría de acuerdo.

Antón: Sería lo lógico, pero aquí entramos en un problema: ¿es posible tolerar lo intolerable? Imagina a los grupos neofascistas o corrientes de supremacía racial; entonces, ¿debemos tolerar que traten a los demás como menos y que supongan que sus decisiones son las adecuadas, solo basadas en una visión de que son superiores? Por eso recalco que es vital lo que comentábamos antes; debe existir una frontera que está fundamentada en los valores de la igualdad y la libertad.

Carl: Comprendo, pero me causa un problema esto; entonces, ¿cómo podemos saber qué puede ser democrático y qué no puede serlo?

Antón: Eso es difícil de definir y realmente es un problema teórico de gran envergadura, puesto que suponemos que la democracia solo es la de sesgo norteamericano y neoliberal; sin embargo, existen diferentes formas de pensar la democracia.

Carl: ¿Cuál es la que tú defiendes?

Antón: Aunque suene gracioso, mi nombre te dará una gran pista: la postura que defiendo es la democracia agonista.

Carl: ¿En qué consiste esa democracia agonista?

Antón: Lo primero es que debemos diferenciarla de la democracia liberal de Norteamérica; esta política liberal tiene dos fines: destruir los antagonismos, esto es una evasión de aquello que es lo político y busca crear el consenso como posibilidad universal. Por su parte, la democracia radical y pluralista busca la construcción de identidades demócratas, que permitan crear procesos en los que las fuerzas que conforman un antagonismo puedan aplacarse y reducir ese carácter violento y hostil, para convertirse en un agonismo; este es la construcción de un nosotros/ellos, pero que permita el pensar del otro; no busca demeritar, destruir o aniquilar al otro.

Carl: Espera un momento, ¿qué es eso de lo político?, ¿y por qué nuestra democracia lo evade? Estamos hablando de política, pero me dices que la democracia busca evadirla; ¿acaso esta no se compone de ella, tiene una relación intrínseca?

Antón: Veamos; tienes razón en cuanto a decir que la política y la democracia van de la mano; decir algo contrario sería insensato, pero aquí debemos hacer una distinción entre aquello que es lo político y cuál es su relación con lo que denominamos con el nombre de política.

Carl: O sea, que son dos conceptos diferentes; me estás enredando un poco.

Antón: Pensémoslo así: existe algo que hace que una cosa sea algo, ¿cierto?; por ejemplo, el color de una naranja siempre es anaranjado, o en la mayoría de los casos.

Carl: Sí, pero ¿eso qué tiene que ver?

Antón: Ahora bien, aquello que es lo característico de la política es lo que denominamos lo político. Este concepto es de un tocayo tuyo llamado Carl Schmitt, un jurista alemán que propone que este concepto es inherente a las sociedades humanas y a la construcción de una política, un Estado y una sociedad. Él sentencia que “El estado presupone lo político”; aquello nos permite crear la distinción respecto a que lo político es aquello que determina qué es la política.

Carl: ¿Y la política?

Antón: ¿La política?... son los diferentes procedimientos que realizamos, dentro de una sociedad, como la agrupación de ciertos individuos que tienen una visión o un proyecto de sociedad. La política..., son las prácticas, aquello que se realiza en el terreno de la realidad. Por su parte, lo político, dice Schmitt, es aquello que es la condición ontológica de la política, aquello que lo constituye.

Carl: Y lo político, ¿qué tiene que ver, entonces, con la economía, la ética, la sociedad?

Antón: Buena pregunta; lo político en sí no tiene nada que ver con eso, porque está fuera de ese plano; este concepto lo que busca es determinar qué es aquello que puede construir y formar aquello que hemos denominado política. Aquí, con el respaldo de la pluma de Schmitt, podemos decir que la relación de amigo/enemigo es aquello que constituye la política.

Carl: Me parece algo trivial que el complejo sistema que se ha creado, como partidos políticos, instituciones y gobiernos, se encuentre fundamentado en la relación que podemos tener como amigos o enemigos; creo que eso es algo muy básico.

Antón: Exacto, mi amigo, eso lo básico, la unidad primaria, la célula de la cual están compuestas todas las relaciones y el entramado gigantesco, lo que conocemos con el nombre de política. El grado de intensidad que puede alcanzar esa relación de amigos, o de enemigos, es lo que construye un grupo, el cual busca crear y poner en marcha su proyecto e, igualmente, existe otro grupo que tiene esa relación de amistad, que puede estar en contra de lo que dice el primer grupo; en este caso, comienza a crearse un nivel de frontera; comenzamos a identificar quiénes son, un nosotros, y quién, un ellos, quién es ese Otro al que nos enfrentamos, pero que, en parte, también es el límite constituyente de mi propia identidad.

Carl: Me dices que es necesario un enemigo para que exista la política, pero ¿acaso no te contradices, amigo, puesto que buscamos una democracia y no unos regímenes que vean al otro como un enemigo y flagelen sus Derechos Humanos, problemas que, en nuestro país, han sido el pan de cada día?

Antón: Como tú lo dices, en nuestro país ha existido un flagelo importante por no darle voz al enemigo; tomemos como ejemplo la guerra civil de más de 50 años, que aspiramos a que termine o se atenúe con la firma y el desarrollo de Acuerdos de Paz.

Carl: Me parece bien; explícame con ese contexto; es posible que lo entienda mejor.

Antón: Existe este gran problema: en Colombia nos han hecho ver la perspectiva de que, en nuestro país, los culpables son las FARC, por alzarse en armas y, claro que no justifico ningún tipo de violencia, esto lo dejo claro, pero si no existían los medios de expresión que dieran paso hacia la identificación de estos pueblos con un proyecto político, que les permitiría dejar de sentirse en esa Colombia perdida, a formar parte del mapa, el acceso a la educación y salud, que aún hoy después de más de 60 años y un proceso de paz encima, todavía no son del todo visibles.

Carl: Estoy de acuerdo en que no existían, en ese momento, los espacios para que muchos grupos se expresaran, pero eso no da justificación a la violencia de la que ha sido víctima la población colombiana, por parte de estos grupos.

Antón: Diría que aquí también puede ser cuestión de perspectiva, y no es que trate de justificar la violencia, eso no es posible, pero lo que te digo es: si no existían medios, que le permitieran a grupos campesinos y obreros sentir que algo podía cambiar, entonces, cuando

no es posible tener un horizonte, un camino que buscar, es difícil no sentirse abandonado. Más aún, recuerdo lo que hicieron, y en esto me perdonarás si disintimos, pero el Frente Nacional fue una burla para los colombianos, y esto sirve para fundamentar mi argumento: creer que dos partidos tradicionales, y sus líderes políticos, pertenecientes a una oligarquía colombiana, decidieran que cada cuatro años, unos gobernaban y tenían manejo de la burocracia y los siguientes cuatro años el otro grupo, eso es una dictadura disfrazada de democracia; entonces, ¿crees tú que no se cansarían aquellos que no se sentían identificados con ninguno de estos grupos, que eran casi abandonados por un estado centralista, y que había casi olvidado esa Colombia profunda?, y ¿no es acaso en esta época cuando nacen los grupos subversivos, como las FARC, ELN, EPL, M-19?

Carl: Disiento, amigo, pero no creo que estos grupos tuvieran algo de razón; por eso nuestro Estado ha tratado de acabar con este gran conflicto y, al final, lo han logrado con un Acuerdo de Paz, después de una gran arremetida por parte de nuestras Fuerzas Armadas.

Antón: Pienso que, en nuestro país, se ha constituido el imaginario social de un enemigo interno; este ideario ha llevado a cometer actos atroces y que asintamos y celebremos la muerte, incluso a sobrepasar el Derecho Internacional Humanitario, con diferentes masacres, y una guerra cruel; la formación de un discurso que ha permitido pensar que es justificable la crueldad y la violencia, como medios viables para el desarrollo de una aniquilación del Otro.

Las políticas del Estado colombiano han buscado trivializar la lucha de grupos disidentes a la autoridad, los ha categorizado solo como terroristas con el fin de destruir al otro, excluirlo y, más aún, deshumanizarlo; crear el espacio simbólico del enemigo como una simple estadística es tratar a este diferente como una cosa, un simple objeto sin un carácter humano y el único fin que se tiene es cazarlo y desaparecerlo.

Carl: Creo que estás exagerando las cosas.

Antón: Piensa en esto: ¿crees que es posible un pueblo sin enemigos?

Carl: Diría que sí.

Antón: ¿Me dirías que es una ficción, que han existido diferentes conflictos en la Historia de la Humanidad?

Carl: Eso no podría negarlo, me es imposible.

Antón: Ahora sí, ¿es posible, que exista un conflicto sin tener contra quien luchar?

Carl: No, sin un enemigo no sería realizable.

Antón: Ese es mi punto, que, aunque parezca algo trivial, es necesario construir un enemigo para poder crear un conflicto. Por ejemplo, desde las dos perspectivas, fue necesario que existiera el Frente Nacional, y la insatisfacción de los sectores populares para que, por este enemigo, se formaran los grupos disidentes como las FARC, o el ELN, pero de la misma forma, con el nacimiento de este enemigo y la construcción de un imaginario negativo,

surgió la visión de aniquilarlos por diferentes grupos sociales; se dio el surgimiento de los paramilitares, las AUC; aquí no trataré de plantear si esto tiene un carácter ético, económico o religioso, sino, como lo dice Schmitt, y cerrar el círculo, lo político está fundamentado en la relación amigo/enemigo.

Carl: Comprendo; me parece algo interesante, pero en cierto modo me causa mucho temor que tengamos que permanecer buscando enemigos, para así construir política; eso terminará por destruir a la humanidad.

Antón: No necesariamente, amigo, porque el panorama que me muestras es casi apocalíptico.

Carl: Pero es lo que tú me has hecho entender.

Antón: Claro, pero es que todo problema tiene una solución.

Carl: Pero qué solución, puede darse, si es verdad que siempre ha existido un enemigo con el que se ha luchado y así se han construido las diferentes sociedades.

Antón: Sí, pero eso no significa que debemos seguir replicando este modelo; debemos intentar la búsqueda de estrategias, y espacios, que permitan sublevar esa pulsión de muerte, ese deseo de autodestrucción, y canalizarlo hacia la construcción de diferentes mundos posibles.

Carl: Me estás enredando cada vez más, amigo; ¿cómo podríamos hacerlo?

Antón: Pensemos en un salón de clases; siempre uno tiene alguien que no le cae muy bien y que puede considerar, de una forma leve, como un enemigo. ¿A ti nunca te ha ocurrido esto?

Carl: Sí.

Antón: Bien, pero tú no buscas destruirlo; la mayoría de veces buscamos es ganarle, de alguna forma sentirnos superiores, en cualquiera que sea su forma, en una discusión en clases, en un deporte, en tener más amigos, para de algún modo poder vencerlo, ¿cierto?

Carl: Podría decir que sí; se convierte en el adversario a vencer.

Antón: Eso es, amigo, me has quitado la palabra de la boca; la forma de no destruir a mi enemigo es que él sea mi adversario; aunque parece solo un simple cambio de sustantivo, es mucho más que eso; analicémoslo: cuando a tu enemigo le das la posibilidad de expresarse en diferentes espacios, y en un marco común de reglas legítimas, le posibilitas competir, los dos se encuentran en una lucha en la que, cuando uno vence, mientras el otro muere de forma simbólica, esto es posible cuando se permiten espacios para luchar y así el enemigo sigue vivo y con posibilidades de vencer, sin tener que ser aniquilado.

Carl: Comprendo, o sea que, en la política, deben existir espacios donde se le permita al enemigo expresarse, para que así este pueda luchar y no desaparecer ninguno de los dos, sino podamos luchar por nuestras propuestas, sin que el otro deba ser eliminado.

Antón: Así es, amigo; tú has encontrado la respuesta a nuestro dilema. La posibilidad de luchar contra el otro, pero que él no muera en ese combate ni desaparezca, es el primer paso para construir una democracia con cimientos fuertes.

Carl: Estos espacios ¿cómo pueden ser contruidos?

Antón: Cada vez nos metemos en más problemas, parece un nunca acabar, pero parece que te está interesando el tema.

Carl: No te lo puedo negar, me apasiona este tipo de problemas.

Antón: Veamos, amigo, de eso hemos hablado antes; ¿recuerdas que te hablé de la democracia agonista?

Carl: Sí, ya salimos del problema, de qué era lo político. ¿Qué fue lo primero que se interpuso para su comprensión?

Antón: Desde la democracia agonista lo que se busca es que exista una democracia radical y plural, donde coexistan como valores fundamentales la libertad e igualdad, pero donde ninguna de las dos termine por sobreponerse a la otra; esta radicalidad de la que hablo es la que propone una franqueza en cuanto a propuestas, para que así los ciudadanos pudiesen identificarse con un proyecto político.

Carl: ¿Qué honestidad supones que puede existir en la política?

Antón: Ese es el gran problema; no existe una honestidad de los políticos con sus ciudadanos; la cuestión es que justamente por esto deberían castigarlos en las urnas; al final, ese es nuestro único medio de lucha, junto a la protesta social.

Carl: En eso tienes razón; a veces pecamos de ignorancia, pero a veces siento que también es culpa de esa gente que vende el voto, que regala el país por un bulto de cemento.

Antón: No justifico eso, pero me parece que aquí nos puede servir un poco la interpretación de Mouffe, cuando nos dice que la política, si bien debe ser guiada por una condición racional, no se puede dejar atrás el imperio de las emociones, la pasión que propicia el sentirse identificado con alguien.

Carl: No sé, amigo; ¿crees que puede servir la pasión por encima de la razón?

Antón: En este caso, mira lo que te puedo decir y me dices qué crees. Cuando tú naciste, tus padres, de tradiciones católicas, te inculcaron el amor a la fe de Cristo, y los principios de una vida buena, según dice la religión católica; esos se formaron como tus preceptos y guías para tu vida.

Carl: pues es así, aunque no puedo dejar de destacar que cuando entré a la universidad, por las lecturas y ese tumulto de opiniones, comencé a dudar, pero mi fe prevaleció.

Antón: Aquí está, justamente, mi argumento: tú adquiriste un sentimiento de amor, de pasión por tu fe, que no te ha dejado perder ese punto de vista.

Carl: Así es.

Antón: Al guardar los matices, y tener en cuenta que uno se puede desencantar de un proyecto político, y no se encuentra en la obligación de permanecer en él si no se siente identificado, lo que debemos pensar es cómo lograr que los ciudadanos se encuentren comprometidos con el proyecto político con el cual se encuentran representados. Esto con el único fin de no desfallecer ante la muerte política, ante perder, no vender ideales; esto es posible si la categoría de ciudadano no se comprende solo como una representación legal, sino como una identidad; cuando mi grupo, independientemente fuera de derechas o de izquierda, ambientalistas, LGTBI, o cualquier grupo, me posibilita esa característica de sentirme identificado, posibilita en mí la capacidad de no dejar mis ideales por dinero o un beneficio momentáneo.

Carl: Siento que es algo utópico pensar que la gente solo por un sentimiento cambiaría todo un sistema de corrupción, que se ha creado en los diferentes rincones de nuestro país; es un hecho connatural en la política colombiana la adquisición de beneficios económicos por un voto; las personas han llegado al punto de ver esto como algo normal y no como un problema.

Antón: Entiendo tu posición, porque sé que es complicado suponer que la gente de un día para otro cambie unas convicciones que ya se ven como normales, y es difícil suponer que por una pasión dejen atrás estos beneficios momentáneos, pero vamos a esto: ¿por qué crees que mataron a Gaitán o a Galán?, ¿ellos acaso compraron votos y repartieron bultos de cemento o remesas a la gente?

Carl: Es un caso diferente; la gente se sentía identificada con ellos, sentían que podían dar un giro a nuestra política, los veían como unos líderes del pueblo.

Antón: Tú solo has respondido la pregunta sobre si es posible que la gente deje atrás esa posición, sí, pero necesitan justamente eso, un proyecto con el que identificarse, algo que les permita creer que es posible que se realicen cambios, sentir que el pueblo tiene voz; eso para algunos puede significar la más grande recompensa, amigo.

Carl: No lo sé; en ese punto disiento; no me permito a veces creer en que la gente que ha vendido su voto, cambie de un día para otro.

Antón: Es complicado de suponer que de un día para otro esto cambie, eso no lo discuto, pero reflexionemos sobre esto: en Colombia, en las últimas elecciones, hubo una votación cercana a los 18 millones de ciudadanos, de los cuales 8 millones votaron por la izquierda, algo único en nuestra Historia, pero también 10 millones por el candidato de la derecha; yo no te puedo decir quién compró votos o no, pero sí te puedo decir que es imposible que

esos 18 millones de personas hubieran sido sobornados; su sentimiento y convicción por un candidato los llevaron a votar por un proyecto que creían como verdadero, algo que realmente podría mejorar el país, aunque el tiempo nos ha demostrado que la mayoría de aquella época tal vez no tomó la mejor decisión.

Carl: En eso no podría discutir, mucha gente votó con una visión de un país. Con el problema de Venezuela sumergida en una crisis política, mucha gente sintió que el otro candidato podría llevarnos a eso y, por mi parte, por eso voté, por el temor a repetir ese desastre social, político y económico originado en el país vecino, pero eso creo que fue más miedo que otra cosa.

Antón: Ese es un buen ejemplo para observar la crisis que genera no permitir el espacio para los adversarios, pero primero terminemos lo que hemos hablado sobre la identificación y la pasión por un proyecto político; cuando yo te hablo de una identidad, siempre nos referimos a las características que determinan a un ser humano; una de ellas es considerarse un ser social, que inherentemente se encuentre frente a la sociedad; lo quiera o no, se enfrenta al mundo político como una parte de su vida; aquí ocurre algo que quiero que tomes en consideración: si sientes que tu hábitat no debe ser modificado y cambiado, como ha ocurrido con la de otro grupo, buscar identificarte con las personas que creen que eso es lo mejor para ese lugar es algo que siempre ocurre; te agrupas con esos individuos y conformas una resistencia frente a un cambio que han visto como innecesario y peligroso; eso conforma en ese grupo una identidad, un cosa en común, la *res publica*, algo que es de interés para todos.

Carl: Bien, si lo vemos así, logro comprender un poco tu punto de vista, porque siempre en sociedad buscamos unírnos con otros, que sientan cierto gusto sobre aquello que cada uno considere como mejor. Cuando hablas de la *res publica*, es como consideras aquello que un grupo, indiferente de su ideología, ve como lo que los hace iguales, aquello que los proyecta como un conjunto.

Antón: Exacto, aunque debemos tener un poco de cuidado al hablar de igualdad por un bien común; esto no nos puede llevar a suponer que los ciudadanos deben pensar de manera totalmente homogénea; el problema que se nos presenta es cómo construir un verdadero pluralismo; no se trata aquí de formar una masa homogénea, como lo pensaba Gustav Le Bon, o cómo piensan algunos populistas de derecha, que ven solo al pueblo como una masa que ejerce fuerza; esta visión es errada; se trata aquí de respetar justamente el valor ético y político de la libertad, pero teniendo en cuenta el principio de la igualdad. En esto podemos observar la unión de lo que sería una democracia liberal, en el sentido estricto de la palabra; frente a esto, debemos pensar en una especie de una igualdad compleja y no en una igualdad a secas. La justicia es creada según la comunidad en la que se desarrolla; no se puede obtener un punto de vista universal y totalitario de aquello que es la realidad; el trabajo de la filosofía política es determinar qué ética para qué política.



Figura 2. Edificar.

“Es precisamente esta pseudorreligión de la igualdad absoluta la que abrirá camino hacia un terror inhumano.”

Carl Schmitt

II

John: Hey, muchachos, están queriendo resolver el mundo aquí en la fiesta o ¿qué es lo que tanto hablan, que ya hace un rato los veo aquí? Estaba esperando que dejaran de discutir para venir a saludarlos, pero, al observar que eso no ocurría, decidí traer un trago e inmiscuirme en la plática. Mucho tiempo sin verlos.

Carl: Hola, John, ¡cuánto tiempo sin verte!, ¡ja, ja, ja! No, estamos discutiendo un poco de política y sobre algunas fricciones ideológicas que tenemos entre Antón y yo.

Antón: Primero que todo ¡qué gusto verte, amigo! Segundo, te recibo ese whisky; ya estoy un poco seco la garganta de tanto parlotear. ¿Cómo has estado? ¿A qué te dedicas?

John: Mis queridos amigos, ya hace un tiempo me radiqué en Estados Unidos; me dediqué a expandir la empresa de mi padre, a buscar distintos inversionistas en el extranjero, y estaba de pasada aquí, cuando me llegó la invitación, así que decidí aprovechar y ver a algunos de mis viejos amigos, pero inmiscúyanme en su charla, a ver si puedo ser de ayuda, porque estoy algo cansado de solo oír hablar de que ya tengo hijos, esposa o esposo, y que tienen familias; es un tema importante, pero nadie habla de otra cosa distinta a ello.

Carl: Claro que sí, sería muy enriquecedora otra perspectiva de alguien que ha vivido en Estados Unidos. Justamente hablamos de una crítica a ese tipo de democracia liberal, ya que Antón me comentaba que existen diferentes formas de pensar la democracia.

John: Me parece interesante. Justamente por lo de la empresa y todo lo correspondiente en cuanto a materia tributaria, he terminado por querer comprender un poco más esa política, que nos lleva mucho en el papel de ser de un tono más impoluto. Frente a la corrupción que se vive en nuestro país, pareciera que allá, sobre todo en las dos últimas elecciones, se juega más con la razón y la pasión, por lo que se cree es mejor para el destino de su pueblo; aunque a veces suena algo contradictorio pensar en estas dos visiones, razón y pasión son compatibles.

Antón: Es justamente la polémica que sosteníamos en este momento con Carl, pues le digo que la pasión por un proyecto político, indiferentemente de su ideología política, representa una creación de una identidad de un grupo y que eso desemboca en conformar un nosotros, en el cual sus convicciones van más allá de cuestiones económicas o beneficios personales.

Carl: Es que me parece que es verdad el punto que exponen, pero existen diferentes contextos; entre la situación económica y social de los ciudadanos de nuestro país, frente a la situación de los gringos, no podemos ocultar eso con un dedo.

Antón: Eso es verdad, y no habría cómo discutirlo, pero un ejemplo que me parece muy patente sobre aquello que puede lograr la identificación de un grupo por un ideario es que, a pesar de las políticas antinmigrantes y el fortalecimiento de muchas restricciones hacia este grupo de personas, existiría una votación de un nivel importante por parte de la población latina a favor de Donald Trump y, entonces, yo les pregunto: si bien las condiciones sociales son muy diferentes, y aun a pesar de que este personaje, fuera contrario y enemigo de su población, ¿cómo es posible que exista una población latina que vote por él?

John: Eso es una pregunta que realmente tiene a más de uno con las manos en la cabeza y ocurre que muchos latinos están algo temerosos de que los otros políticos terminen por virar la visión capitalista del país y que se repita en muchos casos lo que pasó en sus países, Cuba, Venezuela, Argentina, Colombia; entonces, aquí comienza a crecer una visión común de estos grupos de proteger ese país, al que vinieron a buscar un futuro distinto al futuro que se preveía en el país del que escaparon.

Carl: es un tema algo complejo de tratar, pero diré que me has inquietado con esta visión pasional e identificación como posibilidad de construcción de una nueva sociedad, o la creación de un bien común por el cual los ciudadanos, independientemente de beneficios momentáneos, vieran una esperanza de cambiar las cosas. Para aprovechar que John nos acompaña, ¿por qué no discutimos con él sobre la crítica al modelo de democracia liberal?

Antón: Me parece justo; él nos podría dar algunas luces; para mí, el liberalismo norteamericano es visto como el ejemplo por antonomasia en distintos lugares para constituir y formar un ideario de aquello que es la democracia, pero esta visión se encuentra fuertemente marcada, por una ideología individualista, que es apoyada tanto por conservadores como por liberales, puesto que, en este imaginario, se tiene un interés primordial por el bien particular y el desarrollo del libre mercado. Y este se sobrepone a todo carácter político; existe una prevalencia de la economía sobre la sociedad misma, está intrincada tanto la visión de que lo más importante de la política es el desarrollo económico, que se deja atrás todo aquello que puede ser la política. Algunos pensadores intentan reescribir ese pensamiento, como John Rawls o Michael Walzer, del cual antes tomé un concepto prestado, el de igualdad compleja, pero sus visiones no han sido del todo aceptadas, pero, según la visión que defienden, ellos tienen unos problemas teóricos para el desarrollo de su teoría política, que intentaré plantear en nuestra conversación.

John: Claro, a Rawls lo conozco por mis clases de derecho; hablamos sobre su teoría de la justicia y la importancia de pensar la política desde una perspectiva centrada y enmarcada en una postura, como tú lo supones, que hable más allá de pensar la política solo como el desarrollo económico. El paradigma liberal busca mantener sus condiciones liberales, pero apelando por una justicia social, encaminado hacia una distribución y una teoría de la justicia, un Estado que intervenga y observe la posibilidad, por medio de la justicia, de distribuir de la forma más adecuada los bienes para el desarrollo económico de la sociedad; ante esta postura se muestran escépticos algunos liberales, como Robert Nozick, que plantea un Estado mínimo, puesto que, para él, lo justo es que cada individuo tenga lo que

merece, sin tener en cuenta las condiciones sociales y económicas en las que el sujeto se encuentre inmerso. He sentido cierta atracción hacia el pensamiento de Rawls; me parece realmente bueno, si es llevado a la práctica; creo que esa visión es buena, frente a una tan radical como la de Nozick.

Antón: En eso estoy muy de acuerdo; la visión de Nozick me parece que es un liberalismo radical, en el que supone que el Estado solo es un instrumento de coerción y que no representa más que burocracia e impuestos y, para mi posición, el Estado es de vital importancia para la construcción de los diferentes proyectos políticos que pudiesen existir; aunque ese tema lo podemos tratar después, lo que me propongo es intentar minar los cimientos del pensamiento de Rawls y presentar los argumentos, porque esta teoría no es del todo aplicable, como muchos piensan.

John: ¿Te parece así?, ¿crees que esta teoría no es del todo aplicable? Difiero contigo; el suponer el desarrollo de una redistribución de las riquezas, para que exista una sociedad con mayor justicia, me parece que es algo que se puede hacer posible; precisamente, apelar a la justicia como principio para el progreso equitativo de una sociedad me parece que es un camino a seguir.

Antón: Pondría en tela de juicio este pensamiento liberal, puesto que el pensamiento de Rawls se nota contradictorio por seguir vinculado a una noción inherente al liberalismo; el individualismo, esta noción nuclear en el pensamiento liberal, provocaría perder la categoría de animal político e igualmente la capacidad de vivir en una sociedad, ya que aquí se encuentra en una contradicción lógica, pues ¿cómo es posible vivir individualmente y conformar las relaciones sociales para constituir una sociedad?

Rawls propone darle preponderancia al Derecho, antes que al bien, y propiciar así su teoría de la justicia, regido por una visión nomocrática, donde se aplica la norma *Dura lex, sed lex*; la crítica es que esta es una visión histórica, sin contexto. Supone a la justicia como algo ya constituido, sin tener en cuenta que aquello que se consideraba como bien en una sociedad, y que permite, a su vez, la construcción de las leyes, puede ser considerado, en otra sociedad, como algo que no es tan justo; es distinta la comprensión del bien en las sociedades occidentales que en las sociedades orientales; esta construcción se observaría de cierta forma universalista y colonizadora, puesto que la construcción de las leyes entra en un espacio consuetudinario, en el que las leyes se construyen a través de las tradiciones; esto termina por formar lo que siempre ha representado la política estadounidense para muchos, la de una imposición de ideas, una colonización del pensamiento propio, para someterse a las ideas que ellos consideren como lo justo y lo bueno, la construcción de aquello que es la sociedad, sus principios éticos y morales; la justicia y su espíritu como pueblo debe ser formulada por las diferentes condiciones sociales, culturales e históricas de cada grupo particular.

Carl: Pero ¿eso no termina siendo muy particular, muy difícil de llevar a cabo?

John: Es la misma apreciación que iba a hacer; creo que es relativizar mucho y esto puede traer consecuencias para el desarrollo de un mundo en el que estamos totalmente globalizados; causaría discordancia entre muchos sectores.

Antón: Claro, es algo más complejo y difícil de llevar a cabo; eso no lo pongo en duda, pero ya muchos países han constituido sus propias leyes y formas de comprender mejor el sentir de su pueblo y no están fuera de los límites de un Estado, para entrar en la anarquía. El problema que surge de anteponer el Derecho al bien es que, si no conseguimos un Derecho con unas bases ético-políticas firmes, esto podría llegar a dividir el concepto de justicia; vemos que no siempre lo legal ha sido lo mejor; podemos pensar en ejemplos de la Alemania nazi, donde era legal la privación de la libertad de los judíos; ejemplos, como en Estados Unidos, donde el problema del racismo ha afectado desde principios del siglo XIX y en el año 2020 ha causado distintas manifestaciones, como el caso de George Floyd. Nuestra postura no busca destruir el sistema liberal; se trata de observar ¿cuáles son las deficiencias que puede tener este sistema? y buscar nuevos espacios para la comprensión de lo político; observar cómo su evasión, frente al agonismo y la hostilidad, basado en la racionalidad, termina por excluir lo realmente político.

John: Pero me parece algo difícil de suponer que es para bien el desarrollo de una hostilidad en el pensamiento político; esto puede llevar a distintos problemas y encaminar a incidentes de orden público y actitudes sociales de carácter terrorista.

Carl: Bueno, en eso comparto la posición de John; ya lo expuesto sobre esta visión del enemigo en la política, en cuanto al lenguaje se muestra algo difícil y poco atractiva; siento uno un poco de temor.

Antón: Aquello es algo complejo y no discutiré que es algo difícil de sobrellevar en el pensamiento actual, que se encuentra tan marcado por una política de consenso, pero, como lo he hablado con Carl, no se trata aquí de que exista una guerra física, sino el comprender que el ser humano siempre tiene una tendencia hacia la polémica, la discusión, el enfrentamiento; de cierta forma comprender y desechar el parámetro de que el hombre es totalmente bueno; siento que esta positividad del pensamiento afecta el desarrollo político del hombre. Suponer su negatividad, que el hombre no es un ser del todo armonioso, sino que es un ser en constante conflicto con el otro permitiría el desarrollo de una política más real; pensar en el hombre como un sujeto con el cual luchar, pero aquí la importancia de que exista una voz para expresar aquello que descontenta a este sujeto, el espacio simbólico de lucha que representa el espectro político supone el verdadero desarrollo de una política real.

John: Suponer esto es complicado, porque el hombre entre mayor posesión de la razón tenga es un hombre más virtuoso, con mayor capacidad para decidir qué es lo bueno y lo malo y, sobre todo, evitar la violencia, ser alguien bueno.

Antón: Me parece bien que hubieras hecho esta apreciación y quiero ser enfático en este punto: no trato aquí en aspectos maniqueístas al hombre, no busco determinar su bondad ni

su maldad, aunque ese aspecto se ha convertido en la bandera de muchos políticos últimamente, pues buscan demonizar al otro para así lograr ganar con falacias y de esta forma salir vencedores no con propuestas, sino al presentarse como el Mesías; no te parezca raro escuchar un eslogan de campaña como: “Salvemos a nuestro país”; para volver al tema, como te digo, lo que yo busco no es suponer la bondad de un hombre; puede ser como tú dices, que entre más conocimiento tenga un hombre, tuviera mayor facilidad de crear empatía con las diferentes situaciones y puede determinar cuál es la mejor opción y evitar de esta forma la violencia; comparto esta visión, pero quiero que entiendan algo aquí: mi posición no se refiere a este tipo de violencia física, no se inmiscuye en este plano; cuando me refiero a hostilidad, entro en el plano simbólico de la política: poder suponer que existen conflictos en la política y que no todo puede ser resuelto de una forma armoniosa y consensuada, sino comprender que entre diferentes puntos existen aspectos irreconciliables y que no está mal que esto ocurra.

John: Creo que eso se puede solucionar si estas visiones entran en la razón y se discuten hasta llegar a un consenso; los polos son dañinos y terminan por afectar el desarrollo de los proyectos políticos; por eso es mucho mejor estar al centro en el espectro político, para así tomar una mejor decisión.

Carl: Existe algo que me disgusta de esta posición y creo que Antón está en acuerdo conmigo, que esta política virada siempre hacia el consenso busca borrar límites y no acepta a veces rasgos tan importantes como las ideologías, tanto conservadoras como liberales, socialistas, cualquiera que fueren, y esto termina por ser algo molesto para aquellos que sentimos nuestros principios como algo innegociable.

John: Me parece algo retrógrado suponer que hubiera algo que no fuera posible negociar; debes abrir tu mente a nuevas posibilidades y comprender así que no todo debe ser a tu modo, además de que no todos deben compartir tu forma de pensar.

Antón: Perdóname que te interrumpa, pero ¿acaso no estás cayendo en una contradicción, amigo? Le pides a Carl que comprenda que no se deben hacer las cosas a su manera, pero sí crees que es viable que todos comprendan que tu forma de entender la política es la correcta y es la que se debe seguir.

John: No quiero decir eso, sino que es la forma más razonable de llevar las cosas y no estancarse en una posición que no permita la dinámica del debate y el desarrollo del ejercicio político.

Antón: Observa que esa es la crítica que tengo hacía pensar la política sin contradicciones; en el afán de avanzar, se termina por relegar las posiciones del otro; suponer que, como está consensuado por algunos, esto es así y tiene fin el problema; aquí definiendo otra vez un problema que es neurálgico para el desarrollo teórico de mi propuesta, La suposición de que el consenso basado en la racionalidad es la imposición de una universalidad para un grupo de diferentes particularidades que termina siendo una política de carácter colonizador; se ampara en que la razón les da permiso y autoridad para hacerlo.

John: Me parece que exageras las cosas; no busco imponerme sobre los otros, solo digo que las personas no deben estancarse en posturas radicales; es una forma de avanzar y no retroceder hacia una política más inclusiva.

Carl: ¿Qué incluyes, si terminas por relegar a los otros? En verdad, es complicado; es lo que hace un momento comentábamos con Antón; esta forma de entender la política solo busca crear un espacio de incluir, con pequeños aportes, pero excluye y da paso a que se mire con malos ojos o como retrógradas a las personas que buscamos algo más que esa pequeña inclusión; nuestra lucha por defender nuestra ideología termina por ser ridiculizada y vista de forma peyorativa por esta política de centro.

Antón: Me parece que has dado en el clavo; precisamente eso es lo que creo defender, solo que aumentaría algo más a lo que ha dicho Carl y es que se trata aquí, como dice mi amigo, de romper con ese círculo de tolerar, pero no reconocer.

John: ¿Es que acaso creen que yo no reconozco a los otros grupos? Si por eso digo que deben ser parte de la discusión y llegar a un consenso. En ningún momento he pensado que no deben ser parte de la política.

Antón: Comprendo lo que quieres decir, amigo, pero intentaré explicarte qué entiendo por reconocimiento y por tolerancia, para que así comprendas por qué, según mi criterio, cuando existe una política de centro, esta termina por relegar a las diferentes identidades políticas y no las reconoce; lo primero es que cuando hablamos de tolerar, existe cierta visión de superioridad; tolerar al otro tiene una connotación de suponer que debemos hacerle caso y decir: “Ah, bueno, es parte de lo que aquí hay”, pero, cuando nosotros hablamos sobre reconocer al otro, entendemos que su existencia es parte de la nuestra; suponemos justamente que ese otro es nuestro límite, pero también es nuestro reflejo; intentaré explicarme desde un concepto filosófico y después intentaré ejemplificarlo para que me puedas entender mucho mejor.

John: Te escucho, porque me has enredado un poco con aquello de que es límite, pero también reflejo de mi identidad.

Antón: La noción que aquí utilizaré se denomina técnicamente como exterior constitutivo; es un concepto desarrollado por Chantal Mouffe para determinar la importancia del reconocimiento del otro como parte del ejercicio político; como te decía, este otro es un referente para mí, puesto que significa aquí donde encuentro el límite de quien soy; cuando reconozco a ese otro, comprendo que mi existencia no es la única y que mi posición no es la verdadera sobre las otras, sino que existen otras identidades que se enfrentan contra aquello que yo quiero ser, contra mi proyecto de realidad; existen varias realidades que también quieren ser y su lucha por ser reconocidas y comprendidas por el mundo es igualmente válida, tanto como las mías; en ese momento es cuando termina por ser también reflejo de aquello que soy y quiero ser.

El enfrentar mi conjunto de ideas y valores con los de otro grupo, me lleva a reconocer al otro como un igual y, a la vez, como su otro, con el que también se enfrentan; por ejemplo,

observemos esto con los grupos políticos: cuando existe un grupo de derecha, para que se determine así, suele ser porque existe un grupo contrario, que es el de izquierda, o cuando se identifican con una posición de centro, necesitarán que existan estos dos polos, para ellos determinarse como centro, pero, a su vez que son contrarios, son iguales; existe una ley de diferencia y de equivalencia; esto es aquello que permite el primer acto de reconocer a ese Otro y comprender que su existencia es vital para la mía.

Lo segundo es ver que no debo absorber ni robar su identidad y, como ya sé que es un igual que también busca que se defiendan sus derechos, debo respetar la posibilidad de la construcción de su ideología como realidad, y no entrar en el campo de negar esa posibilidad y suponer que es una locura o algo irrealizable; cuando comprendemos que este otro también lucha por constituir su ideología como una realidad, como nosotros, también deseamos lo mismo, entramos en el campo de reconocer en sí al Otro, pero cuando solo buscamos que entre en nuestro discurso y darle un espacio, tolerar su existencia dentro de nuestro marco de referencia, aquí encontramos la negatividad de la tolerancia y la importancia de reconocer para no relegar a aquellos que buscan ser una identidad visible en el espectro político.

John: Eso me parece en cierta forma confuso y no sé hasta qué punto realizable; siento que el centro busca incluir justamente lo que me dices, pero, a la vez, me entran dudas de aquello que dices; sin embargo, no negaré que me has dejado la inquietud para analizar hasta qué punto estoy reconociendo a esos grupos o solo los incluyo y ya.

Antón: Me parece bien; no se trata aquí de imponer ideas, ni tampoco de ser la verdad absoluta; solo busco argumentar mi propuesta de que no es tan bueno, como se supone, hablar en política de tolerancia y sería mejor pensar desde una ideología del reconocimiento del Otro, para así dar un verdadero lugar y no seguir con una política de centro, que termina por hacer daño, porque no permite que surjan contrahegemonías, que puedan luchar y construir nuevos proyectos de sociedad; esto es algo totalmente complicado y que realmente causa un problema en nuestra política; el centro, al argumentar que tiene sus posiciones, ha virado a realizarse como una herramienta de la hegemonía dominante, puesto que se representa como una visión no tan polarizada, para que no hubiera conflictos y elimina ese papel conflictivo de la dinámica política.

John: Creo que estamos girando en un círculo, ya que siento que nuestras posiciones no se pueden conciliar.

Antón: ¿Pero acaso eso tiene algo de malo, amigo?

John: Aunque mi respuesta es que no tiene nada de malo, me he sentido en una encrucijada al suponer que no podemos lograr llegar a construir un acuerdo y así dejar atrás un sistema tan retrógrado como el de un ganador y un perdedor, que siento solo causa daño a la política; supongo que es mejor pasar a lo que los políticos actuales denominan la tercera vía, una propuesta de Anthony Giddens, que supone dejar atrás la dicotomía, derecha e izquierda, azules o rojos; en fin, llegar a un momento más allá de la política arcaica de

rechazo. Giddens propone la construcción de una sociedad que deje atrás las dicotomías e irrumpa contra la política tradicional de bandos, que exista una globalización de intereses económicos para un desarrollo en un marco común y esta economía globalizada fuese el estándar para el desarrollo social de los distintos países, algo similar a lo que la Unión Europea intenta realizar con sus tratados y la comercialización del Euro.

Antón: Me parece algo contradictorio lo que ocurre con el británico, puesto que justamente él se refiere a esta globalización a través de la teoría de la tercera vía, pero su país fue el que, con el Brexit, decidió huir de la idea de la Unión Europea, además de que en su país está como primer ministro un populista de derecha, como lo es Boris Johnson.

John: Bueno, esas son cosas que se presentan más allá de la teoría, y son cosas que pueden suceder; no necesariamente debe cumplir sus dictámenes.

Antón: Sí, de cierta forma puede ser así, pero también esto puede demostrar que existe una interpretación errada de la realidad.

John: La posición que defiendes, ¿creerías, entonces, que logró una interpretación acertada de la realidad?

Antón: Excelente pregunta; según la interpretación que defiendes, me parece que realiza una lectura adecuada de la realidad, puesto que, si observamos las diferentes eclosiones políticas no solo en América Latina, sino también en Europa, y en diferentes periferias de nuestro planeta, observamos cómo en diferentes sociedades, unas más modernas que otras, se ha repetido un factor común.

John: ¿Estás seguro que, a pesar del desarrollo económico y social, que genera una brecha entre diferentes sociedades, existe un factor común en la lectura de los hechos sociales?

Antón: Podría decir que sí, y esta es una posición que se ve reflejada en los discursos políticos, pero también en las protestas sociales, y los movimientos alternativos, independientemente de su ideología, y es el discurso en contra del *establishment*, la ruptura y el descontento con lo que ya es, aquello que sigue siendo y no pretende cambiar; si articulas los discursos políticos que han generado una posible identificación por parte de sus ciudadanos, es aquello que se presenta como una alternativa frente al orden establecido, aquellos que irrumpen y se presentan como una contrahegemonía, una nueva posibilidad de ser. Para volver a Giddens, indirectamente, claro: Boris Johnson tuvo como lema de su campaña ir en contra del orden establecido, enfrentarse a la Unión Europea y apoyar el Brexit, ¿con qué fin?: mostrarse como el candidato que, más que pensar en el mercado, piensa en su nación, un país libre y no destinado a unirse a los acuerdos de la Unión Europea; apuestas políticas similares ya se habían realizado por parte de Donald Trump y Jair Bolsonaro, respectivamente, en sus países.

John: Logro comprender este hecho en cuanto a que lo viví en carne propia, y observé cómo algunos americanos patriotas decían que Trump era la salvación, porque era él quien representaba el ideario de lo que fue Estados Unidos, pero eso lleva a un gran problema y

es que estos discursos, de cierta forma, son peligrosos; se encuentran cargados de ira hacia ciertas poblaciones y, además, suponía que defendías una postura de izquierda y no de esos tipos que son claramente referentes de la derecha tradicional.

Antón: Claro, en eso te doy toda la razón, pero procederé a defenderme: mi postura defiende una construcción social de la realidad basada en un estado social de Derecho donde exista la posibilidad política de enfrentarse al otro y ser reconocido como su igual y luchar contra él por conseguir y construir una realidad; en mi caso, una visión de justicia social, libertad e igualdad para todas las gentes. Ahora bien, la lectura que realizo sobre la topografía social y política de la actualidad me muestra que existe un factor común que se presenta fuera de la ideología que lo utilice; entonces, te doy ejemplos de derecha, pero también te puedo dar ejemplo de izquierda: en el caso del partido político Podemos, en España, que, a pesar de no ser uno de los partidos tradicionales de España, ha logrado coalición de Gobierno en la presidencia; las protestas sociales de nuestro país este año, todas surgieron con un discurso y es: “Estamos cansados de que gobiernen los mismos de siempre”; la victoria de Alberto Fernández, en Argentina, presupone este hecho, justamente ir en contra de aquello que está impuesto, ir en contra de lo que siempre ha sido. Ahora bien, no podemos negar un hecho irrefutable que, a su vez, para aquellos como yo, que buscamos un cambio, es algo preocupante, y es que este discurso está siendo mejor aprovechado por los dirigentes de derecha que por los dirigentes de izquierdas.

John: Justamente iba a ese punto: esto es a lo que algunos han denominado populismo y resulta difícil aceptar que el poder quede en esas manos.

Carl: Opino lo mismo; en algún momento llegué a pensar que estabas de acuerdo, Antón, con esos radicales, como Trump; yo soy un conservador, pero estos tipos rayan ya con la noción de ser reaccionario, se presentan como salvadores.

Antón: La verdad es muy preocupante que este tipo de personajes se estén adueñando del poder con este tipo de discursos, pero lo que pasa es que han logrado realizar una mejor lectura política del mundo que aquellos que piensan en sociedades más justas. La cuestión está aquí y, para retornar al tema en discusión, esto se encuentra suscitado en el hecho de que las poblaciones se han cansado de ese centralismo y, a veces, ese afán de contentar a todos y no tomar una posición que, de verdad, represente unos intereses claros, independientemente de a quién represente, sea a los desfavorecidos o a las grandes empresas, esto es justamente la evasión de lo político que ha creado el liberalismo, al no poder uno defender directamente algo, sino que debe, entonces, mostrarse siempre hacia el centro; es el graso error que ha creado esta posición; la posibilidad de una democracia agonística es aquella que presenta un discurso abierto; la lectura de la izquierda debe ser la que abra la posibilidad de que el pueblo se enfrente contra el *establishment*, y las diferentes posiciones y minorías se observen más allá de la clase obrera, converjan en la articulación de un *demos*, un pueblo, frente a aquellos que siempre se han visto como los amos y señores del poder; la posibilidad de crear mundos posibles, contrahegemonías que luchen y se constituyan como nuevas realidades.

John: Eso no es contraproducente, puesto que, entonces, ahora el *establishment* sería el de la izquierda; en ese aspecto, el consenso dado por el centro sería mucho mejor.

Antón: No, amigo; mira que ese aspecto es lo que a mí personalmente me ha logrado cautivar de la teoría; si bien llegase a construirse un orden hegemónico de la izquierda, este también puede ser refutado; no se trata aquí la imposición de una dictadura, sino el justo ejercicio de la lucha de diferentes frentes, siempre con el respeto a la libertad y la igualdad de cada uno de los integrantes de la comunidad. De cierta forma, este es un camino sin fin, y es lo maravilloso de ello; no se trata de imponer un sistema, sino de mantenerse en el juego de la democracia, fortalecer sus instituciones y así pudiera, en realidad, darse una democracia agonista, pensada más como una ideología que como un simple sistema electoral.

John: ¿Pensar la democracia como una ideología? Siento que eso resulta algo forzado, más aun desde mi visión, donde se busca abandonar esto de las ideologías y suponer, mejor, el interés económico para el desarrollo social de las naciones; la política, como lucha de ideologías, es una expresión arcaica de la humanidad; nuestro camino lleva a pensar en algo más allá, avanzar, progresar en el futuro de una nación y constituirse cada vez en un sistema más completo, al que se acojan todas las naciones; ese pensamiento de un bucle sin fin me parece peligroso, ya que así no se constituiría ningún plan seguro.

Antón: Es que pensar la democracia como una ideología y quitarle ese papel de que solo es un instrumento para votar y determinar quién es el ganador de una contienda es parte de una visión que comparto, puesto que mi posición se enmarca justamente en pensar la democracia agonista como una visión del mundo, una lectura y, a su vez, interpretación de la realidad política, con el fin de aprovechar los elementos que se dan para edificar nuestra hegemonía, aunque esa hegemonía pueda perderse después por la acción de otras manos; no se busca crear un sistema perfecto, que debiera imponerse, como si los otros solo fuesen colonias y no pudiesen desarrollar sus propias dinámicas e imponerlo con cierto despotismo intelectual; esto es lo mejor para esta nación, porque en la mía funciona así, sino que, en la imperfección del sistema, se pueda luchar por constituir diferentes visiones del mundo y así pensar en identidades políticas que cambien formas estructurales y construyan diferentes sociedades posibles.

John: Al observar la situación mundial y tener en cuenta que el desarrollo económico de los diferentes países se encuentra en crisis por problemas sociales, como guerras, conflictos culturales, pandemia, ¿crees que estaría bien entrar en estos cambios tan maleables, como los de diferentes proyectos, y no mantenerse estable, con una posición de centro, que permita alcanzar un equilibrio en el desarrollo económico?

Antón: Esa es una suposición lógica, pero justamente ese es el problema de pensar la política desde un pensamiento meramente racional y suponer que la política está en un campo armónico y no incluye también lo que hemos mencionado antes respecto a las identidades políticas.

John: Esto de las identidades políticas es uno de tus argumentos principales, pero siento que, al estar en el centro, yo no tomo ninguna posición; simplemente busco el mejor camino.

Antón: Puedo cuestionar claramente esa aseveración, pues, al mostrarte como de centro, rechazas una posición de otras fuerzas políticas y te identificas claramente con un grupo que se guía por una base racional y una ética empresarial, que ven la política como un acto de administración de recursos; de esta forma, lo que importa es el fin, sin observar que de por medio pueden pasar por encima del pensamiento de los otros, pero, para volver al tema, te identificas con este grupo.

John: Y... ¿con qué grupo te identificas?

Antón: Como primera posición, pensaremos en que toda la objetividad social está constituida y construida por los actos de poder, que se forman a través de una hegemonía dominante; este poder no es una fuerza externa o una violencia física, sino que una construcción se da en las relaciones sociales, en que se configuran diferentes identidades; esta es su connotación política; más allá del factor físico, estamos hablando del factor simbólico, puesto que ya no se trata de defender unas identidades preconstruidas, sino de crear una cadena de articulaciones que permiten una identificación; estas, a su vez, alimentan y enriquecen la topología social para que diferentes identidades pueden emerger; a esto es a lo que se denominará como una democracia agonística. Esa es mi postura sobre la composición de la sociedad, y sus diferentes identidades; estos actos de poder son los que crean una hegemonía que, a su vez, constituye las diferentes identidades, con la cual me identifico como un demócrata agonista.

John: Desde tu posición como observas al ciudadano, alcancé a oír, cuando hablabas con Carl, que defiendes a la sociedad como un conjunto de diferentes grupos y, a su vez, como una ciudadanía cosmopolita.

Antón: Sí y no; sí, porque mi posición determina que la sociedad, como lo habíamos dicho, la integran diferentes grupos, que son referentes a una identidad política particular y, a través de una articulación, constituyen grupos políticos mayores; existe un concepto que logra articular a estos diferentes grupos en uno más grande, pero igualmente diverso, pero rechazo la concepción de una ciudadanía cosmopolita, puesto que caería en contradicción.

John: ¿Por qué?

Antón: Pensar en una ciudadanía cosmopolita implica que existe una democracia global, en la que el concepto de pueblo no existe, sino se habla de una masa gigantesca, en la que un sistema le indica cómo vivir; esta es una de las grandes banderas de las políticas neoliberales, suponer que la política es similar a las relaciones de mercado, y se pueden establecer unas reglas para vivir, así como lo hacen con las diferentes aduanas, pero se olvida que la humanidad es mucho más compleja que una mercancía.

John: Siento que es forzada la postura; no veo que existiera esa comparación.

Antón: Intentaré argumentar mi postura respecto a cómo lo observo y por qué sería un error la ciudadanía cosmopolita, una idea que en el papel suena bien, pero es una ficción que, de volverse realidad, nos podría quitar nuestra propia identidad. Es difícil comprender que exista una ciudadanía cosmopolita, porque exigiría la desaparición de un *demos*, al cual pertenezco y construyo con una participación. Una democracia global es una falacia, puesto que, para que sea posible hablar de una democracia es necesario pertenecer a un pueblo; no se trata solo de una adquisición de derechos, sino se trata de la representación de unos ideales y valores éticos-políticos que determinan una visión colectiva y no una forma individualista de comprender el mundo. Si bien estas posturas son difíciles de conciliar, el liberalismo y la democracia dan paso a una tensión que da la posibilidad entre la igualdad democrática y la igualdad liberal, esto con el fin de crear un espacio discursivo de conflicto que él, a su vez, formula o permite nuevos gobiernos por medio de la hegemonía dominante del momento; el espacio de la política supone que se está escribiendo en un diálogo abierto, en el cual la democracia no busca ser solo una, sino ser distinta, diferente, y vinculada a su pueblo, su cultura y su sociedad.

Desde la postura de un consenso, siempre se habla de la inclusión de lo referente a todos, pero no se aclara que esta posición es imposible, puesto que un concepto en el que se excluye y no se determina la hegemonía de un pueblo o la imposición de una postura, no es una visión realista; por lo tanto, este consenso no es neutral ni tampoco imparcial; existe un ejercicio de unas relaciones de poder que construyen un discurso hegemónico, en el cual se inscriben en estas nuevas posturas y esto no constituye un consenso. Ahora bien, debemos pensar siempre desde una visión pluralista, puesto que para la construcción de un *demos* se necesita la construcción de un nosotros, que no puede existir sin que se involucre un ellos con el que luchar; por esta razón, pensar una ciudadanía cosmopolita y de cierta forma homogeneizada, terminaría con la política; debe existir un problema que permita la construcción de diferentes identidades, que constituyen diferentes posibilidades de la realidad política; esto implica que puede existir un poder aun mayor por parte del liberalismo, pero este es el riesgo al que alude todo ejercicio de ideología democrática, en el que se puedan representar un ellos y un nosotros; si bien puede ser la ideología democrática la que saliera ganadora, también puede ser ella la perdedora y no debemos por esto desdeñarla, sino debemos comprender que en su ejercicio está claramente la posibilidad de que esto ocurra; por eso la visión de una democracia agonística, una lucha interminable en la que diferentes hegemonías se disputan la construcción y creación de la sociedad. Si bien esta postura puede ser algo radical, representa justamente que era para la construcción de una comunidad o de lo que determinaríamos un pueblo; se debe permitir el pluralismo tanto de conceptos éticos políticos o religiosos, pero con la posibilidad de construir esta unidad política que se llama comunalidad y representa el resultado político práctico y estratégico de la construcción de una articulación hegemónica que permita pensar y construir un nosotros frente a un ellos, distintos grupos en diferentes democracias, sin necesidad de ciudadanos de una sola democracia, como supone la propuesta cosmopolita.

John: Esa es una postura que me parece radicalizada, y allí pienso que es mejor dejar atrás ese viejo debate de derecha e izquierda, azules o rojos, liberales, conservadores, múltiples diferencias que no llevan a nada; el centro político permite, por su parte, entender la política sin tanto problema y así avanzar hacia una sociedad económicamente próspera y con derechos y libertad; el peligro de cualquiera de esos dos extremos es la coaptación de la libertad y que se obligue a pensar de una forma determinada.

Antón: Al realizar una síntesis de lo que hemos debatido, sobre el centro político, el modelo de Rawls, y Giddens, cuando se tienen en cuenta estas dos posiciones o dos conceptos de la democracia deliberativa y la tercera vía como planteamientos políticos, no sé si existiría un rechazo de parte de las minorías respecto a que creamos que no se puede vivir en una sola interpretación política, con la imposición única de una democracia supuestamente madura, una sociedad pacífica y armoniosa, sin reconocer el contexto de cada población y el inherente conflicto que representa la lucha de ideas; nuestro contexto es lejano de ello; pensemos en los fundamentalismos religiosos, raciales, los nuevos movimientos sociales; aún más preocupante es el descrédito de las instituciones democráticas en parte de la sociedad y la adhesión a grupos populares de extrema derecha, lo que nos permite demostrar que esta teoría no es la que mejor ha sabido leer la dinámica política actual; es notable también reconocer el ascenso de los populismos de derecha, tanto en países europeos como en Estados Unidos y Latinoamérica; ejemplo de ellos son partidos como Vox en España, el Trumpismo en Estados Unidos, y muchos más.

La lectura que se puede hacer de esto implica la asfixia que ha sentido la ciudadanía o los electores con este afán de consenso y siempre de mantener el mismo orden, pero añadirle pequeñas participaciones; como coloquialmente suelen decir, “pañitos de agua tibia”, pero no soluciones o representaciones reales de las identidades políticas; esto ha configurado un espacio que es unilateral y ve como única solución el consenso de centro político que, por cierto, además de que debemos tener en cuenta la imposibilidad de identificarse por parte de la gente con un programa político, impide realmente la construcción del ejercicio político como construcción social de un grupo; por ello los diferentes partidos de derecha han perfilado una retórica de identificación frente a este consenso de centro para crear así un nuevo antagonismo y romper con la teoría de Giddens; la Constitución de un discurso que busca revalorizar la hegemonía dominante terminaría por constituir una dinámica política que terminaría por engrandecer a los partidos que la promulgan. Antes hablaba con Carl respecto a que estos problemas o estas posturas que existen, de tipo fundamentalista, pueden tener una lectura por el peligro que puede llegar a ser el modelo de consenso actual; los nuevos populistas de derecha han articulado una retórica convincente y es la que promueve un movimiento del pueblo contra el establecimiento o contra lo establecido, contra aquellos que no quieren dejar el poder, aquellos a los que se los trata de corruptos, con el fin de querer un espacio discursivo de identificación de lucha contra el otro.

El no reconocer que el problema de un consenso perfecto terminará por crear espacios para la aparición de este tipo de movimientos, que terminan por ser antidemócratas, en cierta forma hasta contradictorio, refleja la incapacidad del liberalismo político de cuestionarse y,

al apoyarse siempre en el ejercicio de que se amparan en unas bases racionalistas, preguntan ¿cómo puede surgir esto? Aquí es cuando, desde ese intelectualismo despótico, llegan a determinar a este tipo de grupos como antimorales y no reconocer que ellos son también parte del debate democrático; lastimosamente, como ya lo he dicho, el pensamiento liberal, cuando no puede u observa que una postura no está dentro de sus lecturas, termina por excluirla, la lleva al ámbito ético intelectual y la denomina de una forma peyorativa y la trata como un aspecto inmoral, pero no hace una lectura respecto a por qué esto ocurre; para nosotros, la lectura es clara: esto ocurre por la imposibilidad de un espacio discursivo donde se pueda confrontar a estos ciudadanos.

Ahora bien, no podemos llegar al relativismo extremo de permitir movimientos xenófobos o extremadamente intolerantes; debemos comprender que el juego de la democracia, como todo tipo de juego, como el fútbol o el ajedrez, tiene una reglas; de esta forma, para nosotros, las reglas más importantes dentro de la dinámica de la democracia son el derecho a la libertad y la igualdad y, a su vez, su radicalización; todo movimiento que propugne y defienda esto, debe ser incluido y no debe ser llamado antimoralista o debe excluirse; debe ser parte, para que así, al tener una voz, pueda tener una democracia más fuerte y madura. El problema de no pensar en una relación antagónica de un nosotros-ellos ha constituido un registro moral de la política que categoriza: estos son los buenos, estos son los malos, a diferentes grupos; aquellos que están con el orden económico establecido, claramente serían los buenos demócratas, pero aquellos que proponen un cambio, se relacionan con grupos diferentes, defienden a los marginados o buscan la transformación del sistema hegemónico, se los considera como extremistas, unos personajes molestos que quieren que se pierda el discurso inexorable del progreso moderno; se conoce por parte de muchos que, tras la caída de las Torres Gemelas, ha existido, por así denominarlo, un auge de grupos fundamentalistas, que se han apoyado en el terrorismo como una forma de expresión de sus posturas.

Ahora, este terrorismo ¿de dónde surge? Es claro que tiene unas condiciones sociales demográficas, culturales e ideológicas que lo conforman, pero porque estas formas de expresión, como lo hemos dicho, constituyen una hipótesis de esta reflexión, justamente del excesivo pensamiento de centro, que termina por crear espacios de rechazo hacia posturas distintas al orden hegemónico; entonces, el problema que encontramos justamente es lo que, apoyados en Schmitt, denominaremos un mundo unipolar, que es aquel que solo tiene una postura. En este caso, en la actual modernidad, como lo podemos ver, el mundo tiene, casi no podemos decir enteramente, pero, sí, casi una postura unipolar frente a la política económica y, por tanto, también, la política social que debe seguirse es la del neoliberalismo; esto crea espacios de orden hegemónico que terminan por rivalizar con las condiciones sociales e ideológicas de distintos pueblos, que no admiten esto.

El terrorismo ha causado justamente un papel dañino frente a la democracia; esto no es nuevo, todos lo sabemos, pero la lectura que proponemos es justamente que este terrorismo ha ayudado a consolidar el ejercicio democrático neoliberal, puesto que ha sido la consecuencia de un poder absoluto de una hegemonía y, al no encontrar espacios que

repartan un eje de cambio, sino simples adhesiones, se han tornado por una búsqueda de algo más empírico, de un cambio latente, por lo que buscan hechos, no teorías, y han encontrado esta realidad en grupos extremistas y hostiles, que buscan el conflicto en su máximo nivel, una solución a aquello que no se les puede cambiar; esto a consecuencia del orden hegemónico neoliberal, que pueden, a su vez, haberlo rechazado, pero también encuentren ellos una forma de decir que su sistema es el mejor, porque los otros son los peligrosos, los “malos” por hacer este tipo de actos, pero, si seguimos la lógica de nuestra reflexión, supone que este mismo modelo neoliberal, al no permitirles crear un espacio discursivo dentro de la topología social, termina por darle vida a ese propio terrorismo, pero uno de sus argumentos principales justamente es apelar a que es el único orden, para que no exista ese tipo de situaciones, y crear así una paradoja.

John: La verdad, me has puesto a pensar; te diré que has logrado hacerme dudar de algunas de mis concepciones; tendríamos que debatir mucho sobre esto; la verdad, déjame procesarlo un poco.

Antón: Eso realmente es placentero para mí, puesto que mi intención no es adoctrinar, ni imponer, sino simplemente llevar a reflexionar sobre el origen mismo de la realidad política.

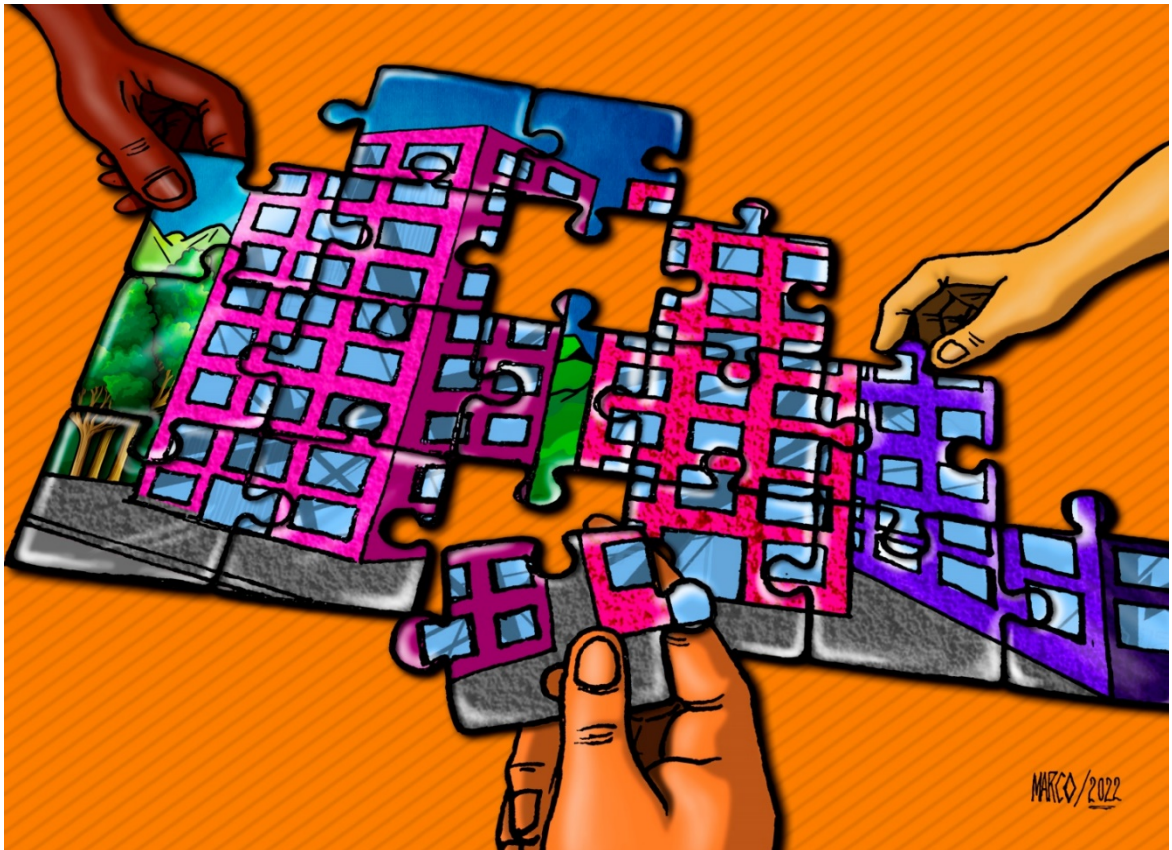


Figura 3. ¿Construirmos?

“Odio a los indiferentes. Creo que vivir
quiere decir tomar partido.”

Antonio Gramsci

III

John: ¿Crees que debe existir un cambio de modelo económico?

Ernesto: Muchachos, ¿cómo van? Disculpen los interrumpo; mucho tiempo sin verlos, ¡qué agradable sorpresa!

Carl: Un gusto, ¿pero te conocemos?

Antón: Tu cara se me hace familiar.

Ernesto: No me recuerdan, ¿en serio? No lo creo. A ver si así... (*Cambio de voz, un poco tierna, casi femenina.*) Compañeros de grupo, derroquemos a esos fascistas religiosos. ¡Ja, ja, ja!

John: No lo creo, ¿eres tú?, ¿en serio? ¿Cómo quieres que te reconozcamos, con ese cambio?

Carl: Sigo confundido.

Antón: No puede ser, ¿Emilia?

Ernesto: Excelente, camarada; has logrado dar en el clavo, pero preferiría que me llames por mi nuevo nombre: Ernesto.

John: No supe casi nada tuyo después de que te fuiste para Europa.

Antón: La verdad, perdimos total contacto contigo, pero esto es una sorpresa para nosotros.

Ernesto: Pero cuéntenme, muchachos, ¿qué toman..., para seguir la charla?

Carl: Estábamos tomando unos whiskys, para amenizar la charla, aunque ya estamos algo entonados, pero contigo tal vez podremos seguir la conversación, tú que eras la más política de nosotros; perdón, el más político.

Ernesto: ¡Ja, ja, ja! Tranquilo, no te preocupes, siempre ocurre al principio. (*Al camarero.*) Deme otros cuatro vasos de whisky, por favor.

Camarero: Con todo gusto, señor.

Ernesto: Miren, muchachos, tomen sus vasos, y... ¿por qué creerían que mi opinión podría servir en tan intelectual conversación, ¡ja, ja!

John: Porque tú eres justamente una persona que siempre estuvo más allegado al tema de la política y, sobre todo, con tus convicciones de izquierda, que causaban gran molestia en ese colegio.

Ernesto: Eso sí no lo negaré, siempre causé revuelo y ahora posiblemente a alguno de estos padres les puede dar un paro cardíaco con mi cambio de identidad. ¡Ja, ja, ja!

Antón: No lo dudo; el antiguo rector te hubiera mandado a exorcizar, ¡ja, ja, ja!

Ernesto: Pero cuéntenme cuál era la temática que debatían, a ver si podemos aportar a ella.

Antón: Hablábamos sobre cómo comprender el fenómeno político, y John me preguntaba que, según la postura que defiende, es viable el cambio del modelo económico, justamente uno de los temores más grandes que existen cuando se habla de políticas diferentes a la actual; esto por los problemas sociales y económicos de Cuba, Venezuela, y otros más.

John: Sí, justamente ese es un gran temor por el cambio de paradigma político para muchos, suponer que estos modelos fracasen económicamente.

Ernesto: No, compañeros, ustedes saben que atrás de esto también existe un juego del imperialismo, que no permite que los pueblos se comprometan con la revolución, son receptores de bloqueos económicos y no les permiten prosperar o si no los medios de comunicación desvirtúan todos los beneficios que tiene proyectarse a modelos económicos diferentes.

John: Siempre he tenido mi problema con estos paraísos económicos que prometen los modelos políticos de izquierda; los veo infructíferos e irreales.

Antón: Siento que es una discusión álgida, que se debe tomar con sumo cuidado, con pinzas de cirujano, pero comparto cierta razón del pensamiento de Ernesto, puesto que la posición frente a estas nuevas propuestas políticas debe desarrollarse bajo la construcción de un nuevo modelo económico, que tenga un carácter sustentable y que confronte la propuesta económica neoliberal anglosajona; este modelo debe basarse en un aspecto principal que también puede ser justamente común para el pueblo, para todos los pueblos, que es la conservación de nuestro planeta, puesto que el desarrollo del hipercapitalismo ha terminado por crear el agotamiento de los recursos naturales, problemas como el calentamiento global, la contaminación a niveles tóxicos para la existencia humana en distintas ciudades; estos son los resultados justamente de este modelo económico; se debe tener como primordial el desarrollo de una economía ambiental, que pudiese colaborar y desarrollar una estructura más sustentable de nuestros recursos y que termine por reemplazar el modelo consumista, en el que estamos inmersos; si bien esto no va a pasar de la noche a la mañana, es justamente un proceso que debe hacerse para poder salvar nuestro planeta y poder crear nuevos espacios en contra de la hegemonía actual.

Ernesto: Claro, compañero, estoy muy de acuerdo con ello, pero siento que debe existir un cambio mucho más radical; al principio de mis exploraciones teóricas, después del colegio, me adentré en una propuesta del filósofo italiano Norberto Bobbio, que puede verse como un socialismo *soft*, algo que en cierta forma para algunos no representa, en verdad, un cambio real; por resumirlo de cierta forma, se podría ver como la construcción de la concepción de una base de acuerdo entre los diferentes Estados, lo cual crearía un espacio

para la formación de un superestado, que tenga facultades de juzgar en Estados que están en conflicto; una propuesta realmente buena, si se tienen en cuenta los diferentes problemas sociales, culturales y bélicos que enfrenta nuestra sociedad actual, la concepción de un superestado garante de la paz de los diferentes Estados y que se construya así una sociedad pacífica.

Antón: Algo sé y conozco de Bobbio, quien habla de un socialismo encaminado y regulado por la ley, algo que en teoría suena bien, pero creo que tiene el mismo problema que discutíamos con John, y sobre el cual me amparo en mi teoría, la negación de la hostilidad en las relaciones humanas y la imposición de una hegemonía, puesto que, al suponer este “superestado” que sea capaz de regular los problemas del mundo, terminaría por imponer su visión sobre aquello que es la democracia, sin tomar en cuenta los contextos sociales, puesto que no se puede hablar de la paz de la misma forma en Europa, que en el Medio Oriente, no porque intelectualmente sean inferiores o alguna explicación que termine por ser peyorativa, sino porque el contexto y la construcción del imaginario social de lo que es este concepto cambia; por eso siento que esta teoría es un poco vacía; creo que se podría pensar desde que exista o se constituya una democracia, que debe estar ligada íntimamente a lo que en los últimos años se ha formulado y determinado como los derechos humanos, un concepto occidental que abarca el aspecto social, político y cultural, en el cual se busca determinar una dignidad humana, y cuando esta puede ser afectada, son los derechos que se conciben al ser ciudadanos, independientemente de cualquier concepción política, religiosa, sexual; intelectuales de distintos lugares han pensado este concepto de derechos humanos y se los han formulado al tener en cuenta la situación de cada país, justamente porque se necesita interpretar el contexto sociocultural en el que sucede un conflicto para poder determinar cuáles son los derechos que se le deberían reconocer a la población vulnerable. Este mismo ejercicio pensamos que debe ser tomado en cuenta y recreado por la democracia, que debe ser construida identificada con los valores sociales, políticos y éticos de las distintas comunidades; debe existir una articulación entre el pueblo cultural y la democracia y no debemos pensar en la imposición de la democracia como un modelo político y moral superior a otros; se debe pensar en la democracia occidental, pensar en aquello que es divergente, aquello que puede mostrar una nueva posibilidad y no algo diferente, algo que solo es distinto, pero que realmente no hace nada; para eso debemos tener en cuenta lo que siempre hemos planteado, la vinculación de la democracia con el pluralismo, con la continuidad de las diferentes identidades y el desarrollo de diferentes bloques hegemónicos, que pudiesen construir distintas sociedades.

Ernesto: La verdad es que nunca observé los puntos de la teoría así; yo realmente abandoné a este pensador, por mantenerse ligado a las instituciones sociales, y por mantener el *statu quo*; esto termina por reprimir a la revolución para el viraje del modelo neoliberal e imperialista en el que nos encontramos.

Antón: ¿Crees que puede existir un cambio que realice un revolcón total, sin utilizar las instituciones sociales para propiciar ese cambio?

Ernesto: Por supuesto, esto puede darse desde una revolución, guiada y construida por un grupo que logre abolir las cadenas del capitalismo opresor.

Antón: La verdad, me parece que estás dejando atrás los avances teóricos de pensadores marxistas, como Jürgen Habermas, Antonio Negri, Slavoj Žižek, Chantal Mouffe, que es de mi gran aprecio, y otros más.

Ernesto: ¡Ja, ja, ja! La verdad, quería jugarte una broma; no, ya no soy tan ortodoxo como solía serlo, aquel que se encerraba en una visión; exactamente, la lectura de muchos de estos pensadores contemporáneos ha permitido entrar a una visión más heterodoxa del cambio; estoy muy cerca de la teoría de Negri y Hardt, que plantean en su obra *Imperio*, y supongo que esta postura establece una reflexión clara sobre la sociedad política actual. Esta concepción surge frente al inconformismo con el modelo liberal; se ha dejado atrás esa posición de que es el único modelo viable y, en este momento, se han encontrado nuevas fórmulas políticas de lucha radical en contra de este modelo; en este hay una postura que ha ganado muchos seguidores y que es la interpretación sobre “el abandono de las instituciones y la construcción de una multitud” que cambie hacia un nuevo mundo, inspirados en una relectura del pensamiento marxista, pero al tener en cuenta ideas del psicoanálisis, sobre todo la influencia de Félix Guattari y Gilles Deleuze; sus posiciones han tenido acogida en la política de izquierda actual.

Comprender que en la actualidad, el cambio de modelo de trabajo, con la automatización de las fábricas, si bien todavía existe el obrero, también se ha pasado a un nivel mayor en el que el nuevo obrero está ligado a la profesionalización de la vida computarizada, donde los hombres ya no son esclavos de extensas horas de trabajo, sino se encuentran encerrados tras de un escritorio y una vida de consumo en la que ya el ocio no se utiliza para conocer y ver la forma de cambiar, sino existe una domesticación del hombre por la ciencia y la economía que no lo deja comprender la realidad; simplemente le permite ser un engranaje que ya no quiere romper con la cadena, está sublevado por el mercado; aquí entra el pensamiento de comprender este juego mediático de la publicidad, que entra en nuestra *psyche* y nunca más quiere dejarla.

Antón: Alcancé a suponer que tendría una batalla con esa visión marxista tan nublada en la que no permite discutir sobre nada de lo que ha dicho Marx, casi como si fuese imposible suponer que pudo haber errado en algo.

Ernesto: La verdad es que los nuevos movimientos sociales han despertado una verdad inexorable y es que han dejado un precedente en el cual la humanidad debe pensar ya fuera de la imposición de un régimen; estos grupos sociales conforman un espíritu de cambio, de algo que quiere cambiar y así abandonar las antiguas instituciones que no han permitido el desarrollo plural de la sociedad.

Antón: Siento decirte que, en cierta forma, disiento contigo, y es la crítica que puedo formular frente a la postura que planteas, puesto que tengo cierto conocimiento de ella; esta postura de abandonar las instituciones termina por crear debilidades justamente en la

democracia; frente a ello, tratamos de pensar desde un compromiso crítico una posición que busque defender la democracia y no abandonar un papel de compromiso por parte de la sociedad y de sus ciudadanos en la construcción de un cambio de los sistemas democráticos; no se trata, pues, de destruir aquello que se ha construido, sino de, en lo construido, constituir reformas que puedan sustentar un nuevo modelo democrático. Su teoría de la multitud como un nuevo sujeto histórico que cambiará el sistema actual es una visión errónea, puesto que esa multitud es un grupo de todos los ciudadanos que abandonarían las instituciones de poder para crear un colapso del sistema, una desobediencia civil y una deserción de aquello que los esclaviza, la modernidad; se amparan en el cambio del modelo fordista al posfordista, dado que la comunicación y los servicios entraron en un carácter biopolítico; entonces, proponen que este espacio abrirá camino a un nuevo comunismo puesto que la multitud se da cuenta de que el capitalismo la explota; como hemos dicho, la crítica que nosotros proponemos se vincula a un asumir un compromiso hegemónico; esto lo podríamos sustentar en algunos puntos.

Ernesto: Escucho, ¿qué puntos son esos?

Antón: La constitución de este orden hegemónico se posibilita no por un sujeto múltiple, como lo piensas, sino por la articulación de unas cadenas de equivalencia, una consecución de diferentes identidades que conforman distintas comunidades, como los movimientos sociales, los grupos estudiantiles, que, a su vez, fomentan la construcción de un nuevo orden hegemónico; estos grupos forman un común dentro de los diferentes proyectos para la creación de un nuevo espacio discursivo en el que sus posiciones puede ser construidas no con el abandono de las instituciones, sino con su reestructuración y la construcción del espacio democrático de diferentes posturas para posibilitar cambios, al apoyarse en las instituciones del Estado y no al abandonarlas; lo que proponemos, como ya lo hemos dicho, es una democracia real, una democracia radical pluralista agonista y no un comunismo; la propuesta que aquí defiende consiste en reconocer el Otro y su posibilidad antagónica de luchar contra la imposición, y no reprimirlo.

Ernesto: Comprendo y siento que eso tiene cierta razón, pero, si se tienen en cuenta los diferentes acontecimientos que han ocurrido en los últimos años, la Primavera árabe, el Brexit inglés, las manifestaciones en Grecia, el movimiento estudiantil en Chile y Colombia, múltiples movimientos sociales tanto en América Latina como en Europa; para que digan que solo ocurre en un país con un bajo desarrollo económico, en Francia se presentaron los denominados Chalecos Amarillos; el análisis que podríamos formular sobre esto lleva al inconformismo de algunos sectores con el régimen actual y esto teniendo en cuenta que la democracia liberal no ha logrado adscribir a todos los movimientos, como ellos piensan; debemos pensar justamente en un nuevo tipo de activismo de estos movimientos, que se puede expresar en el Éxodo, del que nos hablan Hardt y Negri; por eso pienso que esta teoría de la multitud no se acoge; la realidad son los movimientos sociales, las masas sin líderes, son aquellos que están dando vida a la política actual.



Figura 4. ¿Quién es el otro?

Antón: Por mi parte, la postura de un compromiso crítico es la más certera: construir y fortalecer las relaciones con el Estado; la mayoría de movimientos de tipo Éxodo son europeos y norteamericanos, puesto que sus luchas buscan no tener un líder ni tampoco pertenecer al Estado; son un grupo de diversos con un común, que llevan como bandera el luchar en contra del Estado y, en cierta forma, queda limitado a que con eso está bien; el problema es que esto no les ha permitido observar que, si no existe un compromiso con las instituciones públicas, no existiría un cambio real por sí solo; esto se queda en eso, en la irrupción del momento, que terminaría siendo absorbida por la hegemonía actual; nuestra visión agonista justamente se representa en la frase: “Tenemos voto, pero no tenemos voz” formulada por la misma Mouffe; este enunciado consigna que no es un rechazo total de las instituciones lo que se pide; lo que se busca es que se creen espacios verdaderos donde se escuche la voz del pueblo, donde se configuran espacios que creen un proyecto político en el cual creer y una visión real, un agonismo verdadero, donde se pueda elegir una visión diferente a la establecida y retornamos al asunto referido a que, cuando las condiciones políticas no expresan las necesidades de las comunidades, terminan por entrar en un problema ya de acción de tipo violento, donde pueden descargar toda esta frustración. Ahora bien, pensemos qué necesitamos, representación o democracia; esa actual disputa de dejar atrás los instrumentos del Estado es un Éxodo que cree construir una sociedad de democracia absoluta, y esto se transforma en una propuesta mesiánica de muy difícil realización; la construcción de un nuevo orden hegemónico se debe lograr cuando los diferentes grupos que protestan se constituyen como identidades políticas que, al comprometerse críticamente en el proceso democrático, así, al utilizar estas instituciones se logre en su seno la conformación de sus demandas y construir una posibilidad en contra del sistema hegemónico y económico actual.

Ernesto: Déjeme reflexionarlo pues esto es algo denso, pero es que, también, no solo se busca pensar a la multitud como un sujeto sin cabeza y con tentáculos que actúan sin razón; me parece que la visión que tienes sobre esta teoría está un poco sesgada, ya que Negri y Hardt proponen a este sujeto masa como principio de la irrupción contra aquello que está dado, es el principio de la irrupción contra aquello que está determinado; en lo que sí se alejan es en suponer que, con los avances tecnológicos, se debe pensar fuera ya de la nación y comprender que las soberanías ya no se encuentran en el juego político, porque las instituciones han creado unos espacios simbólico-políticos que están más allá; por eso se debe abandonar toda institución y realizar una lucha desde una revolución molecular; esas diferentes revoluciones construirán y determinarán el cambio de una realidad política.

Antón: Diré que comprendo, pero siento que igualmente falta un proceso real de identificación con los diferentes grupos sociales y así crear un *demos*, un pueblo que sea capaz de luchar contra el sistema hegemónico actual.

Ernesto: Pero ¿acaso no te contradices?, no dices que una multitud es un error, pero me hablas de un pueblo que, a su vez, también es una multitud, pero con otro nombre.

Antón: Diré enfáticamente que no son lo mismo, puesto que la posibilidad de pensar el concepto de pueblo, tanto desde el hecho sociológico como ideológico, representa justamente lo que hemos tratado de determinar en lo que hemos hablado, ya que este pueblo es aquel que tiene un bien común o una característica que lo une; esto, a su vez, logra confluir e identificarse con los diferentes movimientos sociales, tanto feministas como ecologistas y demás, en una visión propia, esto con el fin de tener un espacio de acercamiento y de identidad entre los diferentes, pero en esta visión debemos tener muy en cuenta que se debe tomar este concepto de bien común con pinzas, puesto que no se trata de determinar el bien común que es para todo el mundo, sino se trata de comprender que existe un bien común para cada institución o cada bloque histórico, que determina y fomenta su visión y construcción.

Ernesto: Creo que son similares nuestras posturas; no sabría qué pensar, pero sí existen ciertas disidencias entre lo que tú y yo pensamos, puesto que la creación de una identidad no es realmente un conjunto, sino se debe pensar desde la individualidad misma, y no como colectivos.

Antón: En cierto punto tienes razón, pero la identidad de la que yo hablo es en cuanto al campo político; claro, la creación de identidad y las diferentes formas de identificación individual han ganado un gran desarrollo en el actual siglo, pero a lo que yo me refiero es ir más allá de esas revoluciones moleculares de Guattari, pero al tener en cuenta las diferentes agrupaciones políticas articularlas y conformar un *pueblo*, un concepto que pueda luchar como uno, pero que sea múltiple, que parezca un elemento, pero resulte caleidoscópico.

Ernesto: ¿Cómo crees posible esa articulación?

Antón: Esta articulación se podría dar al observar y crear una estrategia política para unificar estos puntos.

John: Yo creo que te están cogiendo los tragos; ya pasaste de hablar de una teoría a la conformación práctica; ojalá no salgamos de aquí con fusiles. ¡Ja, ja, ja!

Carl: Tampoco es así John.

Ernesto: Permíteme oír cómo sería esa estrategia, Antón.

Antón: Ahora bien, ¿cómo construir un pueblo? Esto puede ser difícil de determinar; aquí, unas ciertas posturas: primero, debe constituirse en la sociedad un interés, una visión, que un grupo crea y muestre cuáles son sus adversarios; segundo, los que mandan, por qué mandaron constituir el poder actual; ellos mandan porque se han conformado con la identificación de un grupo, pero este grupo es inestable, pues siempre está abierto al cambio; tercero, el orden hegemónico, al ya estar sedimentado en la sociedad, obliga a su rival y adversario a que lo debiera vencer en su propio terreno y dentro de las reglas que en él existieran; el proceso de cambio de un orden hegemónico se da en una desarticulación del orden existente, pero con una nueva articulación sobre esas instituciones; en una lucha de posición, esta oportunidad o esta articulación/desarticulación está vigente y puede

pensarse en el Estatuto de oposición colombiano, creado a partir del Acuerdo de Paz de la Habana, del 2016, en Colombia; debemos entender que no existe un orden neutral de coexistencia humana, sino un orden hegemónico que se ha construido por las relaciones de poder y que, por lo tanto, es susceptible de cambio; lo político precede a lo social, puesto que lo social, sin las prácticas sedimentadas en la sociedad, se ha construido dentro de un orden político anterior; aquí apelamos a que el antagonismo es parte fundamental de la política, puesto que es necesario entrar en conflicto con estas posturas sedimentadas y construir nuevos espacios para reformular aquello que ya está hecho. Ahora bien, también hay de parte de la izquierda y debemos ser sinceros y concretos en esto: establecer una crítica a la izquierda ortodoxa que ha terminado por sublevar y no afrontar sus problemas teóricos y políticos y llevarlos al plano de la disputa, al decir “Es que él vota a la derecha, porque no tiene conocimiento de las luchas sociales”, “Es que él votó a la derecha, porque vive bien, pero no se da cuenta de lo que ocurre realmente”, pero ¿cuál es el compromiso crítico de estos partidos de izquierda por fomentar un esclarecimiento de esa verdad oculta? Entonces, a la izquierda se le debería preguntar: ¿cuál es la política radical hoy? Esta política debe estar vinculada al hecho de no disculparse en que los otros no votan, sino en ganar adeptos, en crear una identificación con un proyecto político por parte de los ciudadanos; se trata, pues, de despertar una pasión que constituya un “nosotros”. Podemos ver el ejemplo, en las últimas elecciones en Colombia, cuando Gustavo Petro despertó una adhesión por parte de mucha gente de los sectores populares, para realizar movilizaciones nunca vistas antes en el país y con aspectos impensables para la votación de un candidato de izquierda en Colombia; se lo tachaba de populista, mesiánico, pero la pregunta es: ¿produjo una identificación o no?, ¿jugó con las reglas de juego de la hegemonía neoliberal? No se salió de ellas, entonces tiene derecho también a ser elegido; esta es una posibilidad de demostrar que existía el deseo de un cambio y por eso mostró una identificación para unas personas que creyeron en su proyecto político. En América Latina, han existido unas experiencias que podríamos denominarlas como de una identidad nacional popular, que constituye la formación de un espacio nuevo dentro de la política normal de los de “arriba”, rompe la rivalidad elitista de izquierda y derecha y posibilita un espacio identificación para aquellos que se sienten sin representación. La izquierda ha tenido un actuar deficiente respecto a observar fuera de la socialdemocracia europea los problemas en América y construir una articulación para la reformulación de un nuevo proyecto de izquierdas; la abatida, frente a las exigencias de ciertos sentires del pueblo, se la denomina populismo; esto es por la contaminación del sentido común propiciado por la hegemonía neoliberal. Este régimen pretende desautorizar y que se tomara solo su forma de pensar las democracias, como único modelo; si bien estas experiencias han traído errores, también han posibilitado espacios discursivos para pensar una nueva política en otros términos; bien, no tratamos de decir que ha existido un cambio total y diferente, ese es un punto al que debemos apelar, puesto que la postura a la que nos adherimos no trata de crear un mundo mesiánico ni un paraíso y ninguno de estos aspectos, sino de reformular los aspectos democráticos de la actual sociedad y construir sociedades más democráticas, donde se respeten la igualdad y la libertad de los ciudadanos.

El término populismo, tal y como se lo ha denominado a este tipo de políticas en América Latina, ha tenido un carácter peyorativo, pero también podríamos pensar que es un espacio de construcción de lo político, donde existe una suerte de inconformidad con aquello que está establecido y busca dar una voz a aquellos que no son escuchados, donde el poder solo es una transferencia de una a otra élite, pero sin poder contribuir en nada ni cambiar, este populismo puede ser de derecha o de izquierda; en eso está el problema: ¿quién sería capaz de comprender este sentimiento? El sujeto político se siente olvidado y sin quien lo escuche y esto termina por ser el factor más importante, puesto que este sujeto se identifica con quien le pueda ofrecer una voz, a veces independientemente de la ideología de derecha o izquierda. ¿Cuál es la postura distinta entre un populismo de derecha y de izquierda?: el populismo de derecha busca una voz y está en contra del establecimiento, mientras que el de izquierda busca una voz, propone un acuerdo ante los diferentes problemas sociales, encaminarse hacia una justicia social, para así crear unos lineamientos para una vida digna de las personas; ejemplos de ellos son el populismo de Bolsonaro o el de Donald Trump, en el que observamos que tiene una primacía por la economía y solo busca ir en contra de aquello que estaba; en este caso, en contra de los demócratas, y en el caso de Bolsonaro, en contra del partido que había estado gobernando a Brasil, la herencia de Lula, pero el mismo partido que había sacado de la pobreza absoluta a Brasil, mientras que en cuanto al caso de un populismo de izquierda, podríamos pensar en el caso español de Podemos y, en el momento actual, la vinculación con el Partido Socialista Español (PSOE), en el que estos dos partidos han formado un gobierno y han fomentado políticas sociales muy rescatables en épocas de pandemia, como en la que estamos, cuando se ha hablado sobre renta básica para los ciudadanos españoles y distintas políticas que pueden ser aconsejables.

Ahora viene el punto más sensible de tocar aquí tal vez dentro de la política actual: justamente es el problema de la representación dentro del populismo; como hemos visto, siempre ha existido una figura principal que determina o crea esa figura de populismo, pero debemos tener en cuenta que esta representación es necesaria, puesto que es imposible pensar en una democracia sin representantes; no podemos delegar, como piensan Hardt y Negri, sobre la multitud, sobre una masa que toma decisiones, sino siempre existen unos recursos e instituciones que fomentan y constituyen representantes que busquen determinar aquello que el pueblo grita: *Vox populi, vox Dei*.

El asunto principal radica en que estos representantes deben estar ligados a las diferentes cuestiones sociales, políticas y económicas que soporta un pueblo y no ser simplemente un *showman* o alguien que causa polémica; la política y su teoría nos muestran que no siempre podemos estar en las calles y en la lucha, para cambiar todas las cosas; estas luchas deben ser aprovechadas y canalizadas; estos movimientos que han surgido en ciertos momentos, por ejemplo, el último año las fuertes luchas en la Argentina, Chile, Colombia, Ecuador, produjeron un estallido social que debió ser canalizado y constituir movimientos políticos que pudieran enfrentarlo; aparte de Latinoamérica, podemos tener los ejemplos de los Chalecos Amarillos en Francia, que se extendieron a muchos más lugares, y últimamente *Black Lives Matter*, que representa justamente los problemas de racismo en Estados Unidos

debido a la acción de un presidente que ha fomentado el racismo desde sus redes sociales y desde sus opiniones xenofóbicas; aquí radica la importancia de nuestro pensamiento, desde un compromiso crítico de los ciudadanos, donde ellos se comprometen justamente con las instituciones y velan por la consecución de una sociedad con justicia social, que exijan a sus representantes; no se trata de un líder que nos falle, sino de uno que propicie el espacio político pedagógico de comprender para que no nos fallemos; podemos seguir creando; al mejorar, la representación es necesaria, pero no significa que debemos descargar todos nuestros sueños en un líder, todas nuestras ambiciones, sino que sigamos construyendo nuevos espacios y que la lucha pueda continuar y que podamos tener distintos espacios para el cambio. La dicotomía entre el pensamiento de derecha y el pensamiento de izquierda ha representado una comprensión del mundo desde los últimos 60, 70 años, y ha creado un desencanto por parte del pueblo, puesto que siente que termina por ser encajado en la derecha o la izquierda y no es representado, solo se lo escucha e ignora; la posición actual representa justamente lo que en algunos lugares ha luchado el pueblo contra la élite, el pueblo que no se siente ni de derecha ni de izquierda, sino se siente atropellado por la burocracia y la élite que gobiernan los distintos países; este pueblo debe ser constituido en diferentes grupos y que, al canalizarlo en unos movimientos políticos, se puedan constituir unos cambios sociales reales.

Ernesto: Hasta cierto punto, estoy de acuerdo y es claro que la oligarquía ha destruido la fe en la política tradicional en sus respectivos pueblos, ya que la desconfianza ha negado que ellos sean partícipes de la misma dinámica política y la vean solo como un hecho que ocurre cada cuatro años, en el caso de nuestro país; sin embargo, aquí te digo que por eso es necesario pensar desde fracciones más pequeñas, que puedan reestructurar esta imagen de la política.

Antón: Frente a esto, a juicio personal, me parece una buena lectura, pero diría que para eso puede ser que se necesite que los grupos no terminen por ser cerrados, por así decirlo; por eso supongo que es mejor crear, entre estos diferentes grupos, una cadena que los articule y eso se logra con la construcción de los afectos frente a la dinámica de la política; esto es de fundamental importancia, puesto que esto es lo que genera una realidad simbólica en la que se constituye un deseo, aquello que moviliza nuestros afectos hacia un horizonte; la importancia de constituir un afecto que logre la identificación de diferentes grupos y los movilice por un horizonte es lo que podría dar origen a una reforma radical de una hegemonía establecida. Podríamos decir, a manera de conclusión, que la coyuntura vivida por el agotamiento de una posibilidad de sentirse representado por un grupo y observar un cambio real en la política, ha constituido un espacio para la construcción de un momento populista que propone la posibilidad de conformar una alternativa que vaya en contra de la hegemonía neoliberal y las diferentes situaciones que han creado un significado peyorativo del populismo; esto, porque ha sido aprovechado por la derecha, pero en el movimiento actual, marcado fuertemente por una política de consenso que no nos permite que hubiera un cambio del todo real, sino solo un cambio de administración, ha llevado al descrédito sobre el quehacer político, hasta perder toda fe o esperanza en la izquierda o la derecha; por

eso, este momento populista de derecha ha ganado poder, porque se presenta como el único que está en contra de un establecimiento; en esto justamente recae la simpatía de pensar en un populismo de izquierda que constituya un sujeto pueblo, que tenga como principio ideológico lo democrático, la igualdad y la justicia social, pero sin dejar a un lado el derecho a la libertad; esta visión progresista es aquella a la que debemos apuntar en un proyecto populista de izquierda.

Ernesto: La verdad que me has dejado muy inquieto e intentaré conocer algo más sobre esta postura.

John: Sí, pero eso dejémoslo para otro momento; aprovechemos que ya la fiesta comenzó y ya la mayoría está algo entonada; han dejado de hablar y comenzaron a bailar.

Carl: No, amigos míos, espero seguir en contacto con ustedes; ya tengo los teléfonos para que nos reunamos con una cerveza para seguir charlando; por el momento los abandono, pues debo ir mañana a trabajar, además de que no sé si aguante el malestar después de estos tragos.

Antón: Sí, dejémoslo para una próxima, pues esto ya se puede tornar un poco fatigante y, con el licor, la lengua se suelta más y parece que he hablado ya mucho. ¡Ja, ja, ja!

Ernesto: Quedemos a vernos una próxima vez; por el momento, oigamos a José, el representante de nuestra generación, a ver qué va decir sobre nosotros.